

Al inspirado y elegante poet.
D. Luis Montoto, recuerdo de
su buen amigo Carlos Coello

LA MUJER DE CÉSAR

LA MUJER DE CÉSAR

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. CARLOS COELLO Y PACHECO

Representada por primera vez en el Teatro de la Comedia
el 28 de Enero de 1888

MADRID
IMPRENTA DE INFANTERÍA DE MARINA

1888



A mis queridos hermanos

CONCHA Y ADOLFO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Elena	Srta. Mendoza Tenorio.
Rosario....................	» Martínez.
La Marquesa de la Llana.	Sra. Guerra.
Andrés	Sr. Sánchez de León.
Guillermo.................	» Mata.
García......................	» Mario.
Un criado	» Urquijo.

Época actual. El acto primero pasa en San Sebastián; el segundo y el tercero, en Madrid

ACTO PRIMERO

Vestíbulo de una casa de recreo en San Sebastián. A la derecha del actor, dos grandes arcos que comunican en primer término con una terraza desde la cual se descubre el mar, y en segundo, con una estufa de cristales. Al fondo, la entrada del exterior, jardín limitado por una verja de hierro. A la izquierda, puerta que da á las habitaciones interiores. En el centro, veladores rústicos, sillas, mecedoras, etc.—Procúrese dar al mueblaje y adorno de esta decoración la mayor alegría y buen gusto posibles.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO *mira al mar, desde la terraza, con unos gemelos de teatro; un momento después, sale de la casa la* MARQUESA.

ROSARIO. A ver si con los gemelos
distingo mejor... (Graduándolos.) Ahora
entran en el baño... Elena
va con Cecilia Pantoja
y con el inevitable
Guillermo...—¿No ha ido á la Concha
Aranda hoy tampoco?

MARQUESA. ¡Niña!

ROSARIO. Mamá.

MARQUESA. ¿Dónde estás? (Viéndola.) ¡Ah! toma
veinticinco papeletas. (Sacando un paquete del bolsillo.)

ROSARIO. ¿De qué?

MARQUESA. De «La Protectora

de los pobres». El sorteo
será en la semana próxima.

ROSARIO. Tengo ya sacrificados
á los amigos.

MARQUESA. No importa:
estas son á cinco duros
nada más y se colocan
en seguida.

ROSARIO. Sí, ¡en seguida!

MARQUESA. Aún hay caridad.

ROSARIO. Nosotras
no la tenemos con nadie
y nos temen más que al cólera.

MARQUESA. (Sentándose.)
¿Volvió Elena de la playa?

ROSARIO. Aún no.

MARQUESA. ¡Qué vida más sosa
llevamos, hija!

ROSARIO. ¡Jesús!
Pues esto está bien de moda
este año.

MARQUESA. San Sebastián,
y su Perla, y su Zurriola,
y su Casino, los tengo
sentados aquí, en la boca
del estómago. ¡Ay! No sé
apartar de la memoria
Biarritz y el hotel Gardères
y los viajes á Bayona
y el Port-Vieux... ¡y mi Capagorri
de mi alma!

ROSARIO. A la fuerza ahorcan,
mamá, y cuando no se tiene
sombrero, se va de gorra.
Sin la invitación de Elena,
te asarías en la ronda
de Recoletos, y aquí,
por lo menos, te remojas.

MARQUESA. ¿Si habrá que decirle aún
escarricasco á esa prógima?
Mas no es ella la culpable:
lo es tu tío que esté en gloria...
—aunque yo dudo que esté.—
Atenidas á una corta
pensión, porque á los cien años

resolvió tomar esposa
el buen señor y morirse
dejando á esa inicua toda
su fortuna, hay que poner
buena cara á quien se odia,
y venir á Villa-Elena,
y soportar con pachorra
digna de Job sus costumbres
y su vida escandalosa,
y mirar en santa calma
de qué manera derrocha,
y sufrir que nos convide
para humillarnos.

ROSARIO. ¡Lo tomas
de una manera!

MARQUESA. De mí
nadie ha tenido hasta ahora
que decir nada; yo puedo,
gracias á mi limpia historia,
llevar la frente muy alta.
Tú eres soltera y la cosa
varía.

ROSARIO. ¿Es que tú no sabes...

MARQUESA. ¿Qué?

ROSARIO. Que Andrés...

MARQUESA. ¿El pintamonas?

ROSARIO. El pintor premiado en Viena
y en Filadelfia y en Roma
empieza á hacerme la corte.

MARQUESA. ¿A tí ó á Elena?

ROSARIO. Las tornas
han cambiado en mi favor.

MARQUESA. Quizá el plebeyo ambiciona
disfrutar del marquesado
de la Llana, única joya
que se escapó de las uñas
de Elenita.—¡Mi hija esposa
de un pintor! ¡Qué porvenir!

ROSARIO. Mamá, en eso te equivocas:
hoy los pintores son hombres
que ganan muy buenas onzas,
y á no ser la de torero
ó la de tenor, no hay otra
carrera más lucrativa.—
Las ocasiones no sobran

y ya tengo treinta años.

MARQUESA. (Tapándole la boca.)
¡Calla, infeliz! ¡Esas cosas
no se le dicen á nadie!

ROSARIO. ¿Ni á una madre?

MARQUESA. ¡Ni á sí propia!
Tú eres aún un buen partido.
Marquesa...

ROSARIO. A secas.

MARQUESA. No importa.
Elena no ha de volver
á casarse, porque adora
la libertad; sus parientes
únicos somos nosotras,
y con la vida que lleva...
Un día... Los trenes chocan,
los barcos se van á pique,
los caballos se desbocan...
y las cuñadas se mueren
como las demás personas.
(Suena dentro la campana de la verja.)

ROSARIO. Será bueno que se case
con Guillermo, con su sombra
viviente, con el que ayer
influyó tanto en su boda,
con su apoderado... nombre
que es todo un curso de historia...

MARQUESA. ¡Cuánto há que han podido hacerlo!

ROSARIO. Que tengan hijos...

MARQUESA. ¿Te gozas
en atormentarme?

ROSARIO. Y qué...

ANDRÉS. (Saliendo por el fondo.)
Muy buenos días, señoras.

ESCENA II

DICHAS *y* ANDRÉS

MARQUESA. Muy buenos.

ROSARIO. ¿Usted aquí,
amigo Aranda? Me deja
usted absorta! (Se aleja

de Elena y se acerca á mí.)

ANDRÉS. ¿Absorta? ¿Por qué razón?

ROSARIO. Todos están en la playa,
y es raro que usted no haya
acudido á la reunión.

ANDRÉS. Ví ayer tarde un caserío
precioso; empecé á manchar
una tabla...

ROSARIO. (Esto es hablar
por hablar.)

ANDRÉS. Y hoy quise...

ROSARIO. (¡Es mío!)

MARQUESA. Siéntese usted.

ROSARIO. Yo creía
que era ocupación más grave
la que...

ANDRÉS Pues no.

ROSARIO. Usted no sabe
el daño que hace á mi tía.

ANDRÉS. Hágame usted la merced
de explicarme ese acertijo.

ROSARIO. Anoche Elena le dijo
que hoy contaba con usted...
(Ligerísima pausa)
y cuando ruega la dama
y no concede el galán...

ANDRÉS. ¿La dama... el galán?... (Disgustado.)

ROSARIO. O están
enfadados ó él no ama.

ANDRÉS. ¡Rosario!... (Reprimiéndose.)

MARQUESA. ¡Niña!

ROSARIO. ¿Salió
falso el supuesto?

ANDRÉS. Excusado,
porque Elena no ha pensado
nunca en mí ni en ella yo.
Hay entre ambos amistad
sólida, afecto sincero,
que no compra su dinero
ni paga mi dignidad.
Como está mi vista clara
y la atmósfera también,
mido la distancia bien
que de Elena me separa,
y ni en sueños pretendí

que nos deje nuestra estrella,
ni á mi subir hasta ella,
ni á ella bajar hasta mí.—
Esto declarado, entiendo
que injusto olvidar parece
lo mucho que ella merece...
y lo poco que pretendo.

ROSARIO. ¡Qué modesto!

MARQUESA. (Aparte á su hija.) (Merecías
bien esta lección severa.)

ROSARIO. (Para sí.) (De estas lecciones quisiera
una yo todos los días.)

ANDRÉS. (¡La niña levanta roncha
cuando habla!)

MARQUESA. Claro es que fué
broma todo, mas ¿por qué
va usted tan poco á la Concha?
¡Son ustedes bien extraños
los artistas!

ROSARIO. (Ya, ¿qué dudo?)

MARQUESA. Para estudiar el desnudo
no hay nada como estos baños.
Hallar no ha de darle afanes
mil modelos, si es preciso,
en un nuevo paraíso
lleno de Evas y de Adanes.
Pero, ó mucho me equivoco
—y no me produce espanto—
ó San Sebastián no es santo
de su devoción tampoco.

ROSARIO. Tú ya le tienes horror
y saña.

ANDRÉS. Ustedes dirán
que juzgo á San Sebastián
con los ojos del pintor;
pero, ante su hermosa vista,
mi mente á pensar empieza
que aquí la naturaleza
ha querido hacerse artista.
El mar, inquieto y sonoro,
rompe su altivo oleaje,
y extiende un manto de encaje
sobre las arenas de oro.
Describe con majestad
la Concha su curva bella,

y, como una perla, en ella
nace la linda ciudad.
Sobre los riscos bravíos,
y entre las floridas lomas,
cual bandadas de palomas
se esparcen los caseríos.
Está la lumbre solar
siempre con la sombra en guerra,
y hallo cuadros en la tierra
y en el cielo y en el mar.

MARQUESA. San Sebastián no es mi centro. (Breve pausa.)
ANDRÉS. Lo es Biarritz, ¿eh?
ROSARIO. Ya usted sabe...
MARQUESA. Pues ¿qué comparación cabe
entre ambos?
ANDRÉS. (Con seriedad.) Yo no la encuentro.
Tiene esto una falta sola,
que todos debemos ver
con indulgencia.
MARQUESA. (Vivamente.) ¿Cuál?
ANDRÉS. Ser
una ciudad española.
ROSARIO. ¡Bravo!
MARQUESA. Hoy está usted de vena.
ROSARIO. ¡Qué calor!
MARQUESA. (¡Qué cataplasma!)
ROSARIO. (San Sebastián le entusiasma
y no está en él por Elena.)
MARQUESA. Ya que tanto le enamora
cuanto es de aquí, me permito
ofrecerle un billetito... (Sacando el paquete.)
ROSARIO. (¡Adiós!)
MARQUESA. De «La Protectora
de los pobres vascongados.»
Cien reales... (Andrés saca un portamonedas.)
No hay prisa... (Extendiendo la mano.)
ANDRÉS. Ahí van
doscientos.
ROSARIO. (¡Maldito afán!)
MARQUESA. Gracias por los desgraciados.
ANDRÉS. Si usted me asocia á su empresa,
justo es que yo se las dé,
señora.
MARQUESA. (Aparte á Rosario.) (Pero, ¿por qué
no me llamará marquesa

este cursilón?
ROSARIO. Será
un olvido pasajero.
MARQUESA. Antes estuvo grosero.
ROSARIO. ¡Ya le has multado, mamá!)

ESCENA III

Suena la campana de la verja. ELENA, *después de hablar un momento desde el foro con alguien que se supone dentro, sale del brazo de* GUILLERMO. *Elena viste un elegante traje de playa.*

ELENA. ¡Qué asuntos!... Nuestros asuntos
de hoy son embarcarnos.—Nada;
¡vendréis!
ANDRÉS. (Ella.)
MARQUESA. Mi ex-cuñada
y Guillermo.
ROSARIO. (¡Siempre juntos!)
ANDRÉS. (¿Hay algo entre ellos?)
ELENA. Yo aquí
os aguardo. (Bajando al centro de la escena.)
ANDRÉS. (Esta mujer
es sin duda, y debe ser,
imposible para mí.)
MARQUESA. (Saliendo al encuentro de Elena.)
¡Llegaste al fin! ¡Qué sorpresa!
ROSARIO. (Su vista le da hasta enojos.) (Fija en Andrés.)
ELENA. (Soltándose del brazo de Guillermo y casi corriendo hacia Andrés.)
Andrés... ¡Dichosos los ojos!
ANDRÉS. A los piés de usted, marquesa. (Hablan aparte.)
MARQUESA. (¡Marquesa! Recobró el hombre
la memoria. (Aparte á Rosario.)
ROSARIO. ¡Bah!) (Observando á Andrés y á Elena.)
ANDRÉS. Ahora llego...
GUILLERMO. ¡Oh, Manolita! (Acercándose á ella y con exagerada afabilidad.)
MARQUESA. (¡Reniego
ya del santo de mi nombre!)
Quedan pocas papeletas,
pero yo nunca me olvido

de usted: ahí va. (Dándole una.)

GUILLERMO. (Me has partido.)

MARQUESA. Son veinticinco pesetas.

GUILLERMO. No es mucho... (para tomadas.)
(Guillermo guarda la papeleta y saca dinero.)

MARQUESA. Mil gracias.

GUILLERMO. Nò las merece...
(Se dan por fuerza.)

ROSARIO. (Parece
loca... Jesús ¡qué miradas!)

MARQUESA. Llevo el peso de esta empresa. (Embolsándose las monedas que le ha dado Guillermo.)

GUILLERMO. (Los pesos.) --No hay quien compita
en gancho con Manolita.

MARQUESA. (¿Para qué soy yo marquesa?)

ROSARIO. (¡Qué risas!)

ELENA. (Separándose algo de Andrés y alzando la voz.)
De esos quehaceres
clara la urgencia no veo.

ROSARIO. (¡Qué afición al sexo feo
tienen algunas mujeres!)

GUILLERMO. (Mucho habla con el artista.)

ANDRÉS. ¿Piensa usted...

ELENA. Si yo proclamo
su virtud, pero...

GUILLERMO. (Me escamo.
No los perderé de vista.)

ELENA. En fin, usted ha perdido
más que yo.

ANDRÉS. La cosa es llana.

ELENA. Aunque aún ha de estar mañana
aquéllo más divertido.
Valcárcel piensa llevar
la máquina que ha encargado
á París—ya habrá llegado—
y va á fotografiar
á todos, hasta al bañero!
¿Verdad que será gracioso
el grupo?

MARQUESA. ¡Esto es espantoso! (Todos la miran.)

ELENA. ¿Eh?

MARQUESA. ¡Horrible!

ROSARIO. (Calla.) (Bajo.)

MARQUESA. ¡No quiero! (Alto.)

ROSARIO. Pero ¿por qué has de impedir

que el capricho satisfaga?
—(Mientras más locuras haga, (Para sí.)
ménos la podrá él sufrir.)

ELENA. ¿Qué ocurre? Por Dios, responda
usted!

MARQUESA. Envidio tu aplomo.
¿No os basta el bañaros... como
quien dice, en mesa redonda?

GUILLERMO. ¡Já, já, já!

MARQUESA. Y esa risita
burlona, ¿qué es lo que prueba?
vamos á ver, ¿qué?

GUILLERMO. Que lleva
usted razón, Manolita. (Recalcando.)

MARQUESA. ¡Uf!)

GUILLERMO. (Para ella es un puñal
cada Manuela.) ¡Y con creces!
(Hoy se lo llamo cien veces:
una por cada real.)

MARQUESA. ¡Y retratarse así! ¡A fe
que soy yo quien disparata!

ELENA. Pero, ¿no hay quien se retrata
en traje de baile?

MARQUESA. ¿Y qué?

ELENA. Que hoy la mujer que no eluda
la moda—y no busco un chiste,—
para bañarse, se viste;
para bailar, se desnuda.

MARQUESA. ¿Y los pies?

GUILLERMO. Y los pies, ¡cielos!
¿y los pies? (Con exageración cómica.)

MARQUESA. Sal de tu error.

ELENA. Yo ignoraba que el pudor
estaba tan por los suelos. (Riendo también. Andrés permanece serio.)
En fin, si el mal es enorme,
mi intención...

ANDRÉS. Es excelente;
mas yo, en el caso presente,
estoy, Elena, conforme
con su cuñada de usted.

ELENA. (Con sorpresa y sentimiento. Guillermo da un paso y queda junto á ella.)
¿Sí?

MARQUESA. (¿Este hombre me apoya?)

ROSARIO. (¡Tate!)
MARQUESA. (¿Si habré dicho un disparate?)
ROSARIO. (La ha pegado á la pared.)
ELENA. La costumbre es general...
ANDRÉS. Y mala de todos modos.
No es bueno lo que hacen todos
cuando todos hacen mal.
GUILLERMO. (Aparte á Elena, burlándose.)
(Habla Cicerón.)
ELENA. Prosiga
usted, que oír me recrea
la verdad.
MARQUESA. (Sí, como sea
un hombre quien te la diga.)
ANDRÉS. Dios, que ve las intenciones
y en quien no es posible dolo,
las pesa: el mundo ve sólo
y juzga nuestras acciones.
GUILLERMO. ¡Y con qué benignidad!
MARQUESA. Elena está acostumbrada
á no separarse en nada
de su santa voluntad...
ELENA. Libre y rica—acá *inter nos*,—
¿es algún capricho injusto
el de vivir á mi gusto
y sin ofender á Dios?
MARQUESA. Es que el mundo considera
caída á la que resbala.
ELENA. Dios sabe que no soy mala:
¡diga el mundo lo que quiera!
MARQUESA. Bien, que tu fama destrocen;
da contra tí misma indicios...
ELENA. Y ¿qué me importan los juicios
de los que no me conocen?
MARQUESA. Yo libre de toda falta
imperdonable, y de miedo
al qué dirán, porque puedo
llevar la frente muy alta,
movida por mi interés,
diré mil veces á Elena
que...
ANDRÉS. (Interponiéndose y con dulzura.)
Justo, que, ya que es buena,
aparezca tal cual es.—
¿Tiene usted en la memoria (A Elena.)

por qué causa repudió
César á Pompeya?

ELENA. Nó.

ANDRÉS. Pues, según cuenta la historia,
—y á fe que es lance curioso—
fué Pompeya muy honrada
mujer, siempre vigilada
por la madre de su esposo.
Gustaba de ella el patricio
Clodio, atrevido muchacho
simpático al populacho
y encenagado en el vicio.
Era uso que se juntase
en la casa del pretor
ó el cónsul, la nata y flor
de las damas de alta clase,
á celebrar con fe ardiente
cierta función religiosa
en obsequio de una diosa
cuyo nombre únicamente
llegaban á conocer
las mujeres...—Y protesto
que ese nombre, á pesar de esto,
no se ha llegado á saber.
Hacíanse las anuales
fiestas á puerta cerrada,
teniendo tan sólo entrada
las damas y las vestales.
César era á la sazón
cónsul, y quedó vacía
de hombres su casa. Se hacía
en su casa la función.
Clodio, á favor de un disfraz,
metióse entre aquel rebaño;
pero malició el engaño
Aurelia, suegra y sagaz,
y armó un escándalo loco,
que reveló á Roma entera
que el mascarita no era
dama, ni vestal tampoco.
El ídolo popular
vióse, claro está, acusado
de sacrilegio. Llamado
el cónsul á declarar,
fué al juicio, y venciendo al odio

la razón serena y fría,
dijo que nada tenía
que deponer contra Clodio.
Pero repudió al instante
á Pompeya, y como en cara
algún amigo le echara
contradicción tan flagrante,
arguyéndole:—"O no osas
afrontar la ira plebeya
ó no es dechado Pompeya
de castísimas esposas",
él respondió:—"¿No ha de serlo?
Yo sé que es honrada y casta
mi mujer; pero no basta
ser buena: hay que parecerlo.
Roma ha empezado á dudar,
y de quien el nombre lleve
de César, ninguno debe
ni siquiera sospechar."

ELENA. La historia...

ROSARIO. (Tiene salero.)

ANDRÉS. ¡Sea usted buena sin rebozo!

MARQUESA. (¡La inocencia de este mozo
no se paga con dinero!)

ELENA. Dura lección! (Sentida.)

ANDRÉS. No he tratado... (Confuso.)

ELENA. (Viendo el efecto que produce en Andrés su recriminación y alargándole la mano.)
La agradezco, aunque me hiere.

ROSARIO. (¿Ves? ¿Ves como no la quiere? (A la Marquesa.)

MARQUESA. O la quiere demasiado.)

ESCENA IV

DICHOS y GARCÍA, *que sale por el fondo exajeradamente vestido á la última moda veraniega.*

GARCÍA. (A un criado que se asoma con él á la escena y se retira inmediatamente.)
Sí, aquí están todos. Mil gracias.

MARQUESA. ¿Esa voz?..—¡Pero si es
García!

ELENA. ¡Amigo García! (Animándose de nuevo.)

GARCÍA. ¡Elenita!
ROSARIO. ¡Qué placer!
GARCÍA. ¡Señoras!.. (A la marquesa y á Rosario.)
MARQUESA. ¡Ingratón!
ROSARIO. ¡Monstruo!
ELENA. ¡Ya hace que no se le ve
un siglo!
GARCÍA. ¡He llegado anoche!
—Guillermo, ¿sigue usted bien? (Alargándole la mano.)
GUILLERMO. *Non ce e male*. (García baja la cabeza á Andrés y le mira después con los lentes.)
ELENA. Ustedes ¿no
se conocen? Don Andrés
Aranda, pintor insigne...
GARCÍA. (Abrazando á Andrés.)
Pues ¿no le he de conocer?
ANDRÉS. Yo... (Indeciso.)
GARCÍA. ¿Cómo va, amigo Aranda?
¿Cómo va?
ANDRÉS. Muy bien... ¿Y usted?..
(¿Quién será este amigo mío?)
GARCIA. Si nos conocemos ¿eh? (Familiar y alegremente, á Aranda.)
¡Tiene gracia!—Con permiso...
(A las señoras, por el cigarro que trae en la mano.)
—Le vi por primera vez...
en Roma... (Dudando.)—Sí, en el estudio
de Paco Pradilla.—¡El buen
Aranda!.. (Dándole un golpecito en el hombro.)
Luego una noche
en la *Comedie Française*...
—¿Qué sabe usted de Raimundo
Madrazo y de Coquelin?..
(Andrés va á hablar, conteniendo la risa; pero García continúa.)
—Y en Madrid, y en todas partes.
¡Pues la amistad es de ayer!
ANDRÉS. (Y yo conozco esta cara.)
GARCÍA. ¡Rosarito! (Hablan lo aparte con ella, la marquesa y Guillermo.)
ANDRÉS. (Aparte á Elena.)—(Pero ¿quién
es este señor?)
ELENA. García.
(Observando que Andrés sigue interrogándole con la vista.)

García.
ANDRÉS. Sí, ya lo sé;
pero ¿habrá quien no se llame
de segundo ó de tercer
apellido así? ¡García
es todo el mundo!
ELENA. Eso es él.
ANDRÉS. ¿Él es todo el mundo?
ELENA. Es uno
de tantos, uno entre cien
de su edad, su posición,
su clase, su proceder,
su cara...—Hay mil ejemplares
pero no hay más que un *cliché*.
ANDRÉS. Ya.) (Siguen hablando bajo.)
MARQUESA. ¡Usted en San Sebastián!
¡Desertor!
GARCIA. Y ¿qué iba á hacer?
Este año está esto de moda,
y la prueba clara, es que...
Usted misma...
MARQUESA. Sí, por eso
vinimos... (¡Ay!) (Abanicándose muy fuerte.)
GARCIA. *Mi faiblesse*
es odiar la soledad.
Le tengo un miedo cruel.
Donde va la gente, allí
voy yo, la moda es mi ley
y en mi vida y en mi traje
lo primero es la *dernière*.
ANDRÉS. (A Elena.) (¡Este hombre es tonto!)
ROSARIO. Ya veo
que el sombrero...
GARCIA. Lo compré
hace un rato... (Mostrándolo.)
GUILLERMO. Pues dará
sombra.
GARCIA. Sí, ahora deben ser
exagerados de copa
y ala y cinta de muaré
azul con lunares blancos.
Según me ha dicho Esquivel,
quien no los lleva va mal.
MARQUESA. (Y quien los lleva, también.)
GARCIA. Yo soy—esto es innegable,—

de una constancia *enragée,*
pero al fin... vivo en el mundo,
y él manda y yo digo *amén.*
Los veranos, á la playa
que más concurrida esté;
una escapada á París,
y en Madrid el ocho ó el diez
de Octubre á abrir el Real.
Bailando y tomando té
¿quién siente el frío? Que llega
Abril, pues monto en el tren
y á Sevilla la Semana
Santa y la feria... No sé
cómo hay quien halla la vida
desprovista de interés.
Con ajustarse al programa
y con cierto *savoir faire...*
—Yo aquí, madrugo. En Madrid
hay días que hasta las tres
no me levanto. (Dirigiéndose á Aranda.)

ANDRÉS. No hará
usted nada.

GARCIA. Nada.—¡Pché!..
Casi todo lo que suele
hacerse, es una sandez...
y mientras menos madrugo,
menos hago.

ANDRÉS. (Aparte á Elena.) (Vaya, pues
este mozo es menos tonto
de lo que yo sospeché.

ELENA. Lo es y no lo es: es tonto
á turno impar.)

GARCIA. (Que durante el anterior aparte ha estado encendiendo el cigarro, que se le había apagado.)
¿Qué ha de hacer
uno allí? Arar el Retiro,
caso de que no les dé
por ir á la Castellana
á coger reuma en los pies.
Comer en casa de alguien
ó en el Veloz ó en Buffet...
Al Real, si es primero par
ó hay tenor que cobre bien.
A Sociedad, al Casino,
á cenar en el Inglés

ó en Fornos para hacer tiempo
de que empiece á amanecer,
y á acostarse al día siguiente,
y á repetir el *couplet.*
(Guillermo pide fuego á García, y ambos, la Marquesa y Rosario siguen hablando en voz baja y riendo mientras el primero les hace examinar la boquilla de García, etc.)

ANDRÉS. (Este hombre es rico, ¿verdad?

ELENA. Él gasta, si no lo es,
como si lo fuera.

ANDRÉS. ¿Es malo
ó es bueno?

ELENA. ¡Si no lo sé!
Es bueno... á ratos perdidos,
y malo... sin interés,
sólo por amor al arte
y por el bien parecer.

ANDRÉS. ¿Qué edad tendrá?

ELENA. De cuarenta
y cinco á sesenta y seis.
No tiene fisonomía,
ni edad, ni nombre, ni sér,
y ensalza las conveniencias,
y su capricho es su rey,
y es catoniano en sus máximas,
y alegre en su proceder,
y conoce á todo el mundo,
y no se conoce él,
y todo el mundo le trata,
y nadie sabe quién es.)

ROSARIO. (En voz alta.)
Propongo un *cróquet.*

ELENA. (Volviéndose.) Lo acepto.

GUILLERMO. Y ¿quién vá á jugarlo?

GARCIA. ¿Quién?
Elenita y Guillermito
y Rosarito y Andrés.

ANDRÉS. (¿Por qué no Andresito?)

GARCIA. (Á la Marquesa.) Y mientras
charlaré yo con usted.

MARQUESA. Niña, reserva á García
una papeleta.

ROSARIO. Bien,
mamá. (Me cede una víctima.
Luego la devoraré.)

ESCENA V

LA MARQUESA *y* GARCÍA *se sientan en primer término. Los demás personajes juegan al cróquet en la terraza, sin interrumpir el diálogo*

MARQUESA. ¿Cuándo cambia usted de vida?
GARCIA. Cuando me case.
MARQUESA. Pues ¿qué?
¿Piensa usted...
GARCIA. Porque lo pienso
temo que no lo he de hacer.
Pero en fin, si pierdo el juicio
con los años, me avendré
á pasar ese terrible
sarampión de la vejez.
El mundo está en esta época
algo echadillo á perder,
y ve uno cosas... que envidia
á los ciegos.
MARQUESA. Ya. ¡Usted es
tan escamón!
GARCIA. (Halagado.) Sí, ¡es verdad!
Yo soy lo mismo que aquel
boticario...—Le contaban
algún rasgo de honradez
y decía:—»Eso, hay que verlo.»
Referíanle cualquier
pillada y gritaba: »¡Como
si lo viera!»—Y hacía bien.
MARQUESA. García, ¡usted es malísimo!
GARCIA. ¡Señora!.. (En el tono de quien rechaza un elogio.)
MARQUESA. ¡Usted es un pez
muy largo!
GARCIA. Santo Tomás
era hombre de menos fe
que yo: él veía y creía,
y yo creo... hasta sin ver.
MARQUESA. ¡Ya!
GARCIA. Y ¿cómo aquí?
MARQUESA. Mi cuñada
edificó este *chalet*,
nos hizo venir con ella...

GARCÍA. Y ¿habita en la casa?
MARQUESA. ¿Quién?
¿Guillermo? Tiene en Ezcurra
cuarto, pero, al dar las diez
de la mañana, está aquí
para almorzar y comer
y pasear...
GARCÍA. Sí, y vivir
con Elena. ¡Qué tupé
tienen los dos! Todo sigue...
MARQUESA. Igual ó peor. *Soirées*
y *matinées*, excursiones
en coche, á caballo, á pie
y en barca; abono á los toros
y al teatro y... un Belén
contínuo: esta casa es una
sucursal de Leganés.
GARCÍA. (Frotándose las manos.)
¡Bravo!—Y Guillermo en su puesto...
MARQUESA. ¡Siempre! Por más que ahora esté
algo eclipsada su estrella.
GARCÍA. ¿Es posible!
MARQUESA. Sí, ese Andrés
Aranda... Se conocieron
en París. Le obligó á hacer
su retrato. Se citaron
aquí, y aquí está, también
á *medio pupilo*.
GARCÍA. Ya.
MARQUESA. Ella se muere por que
le hagan la rueda... Su círculo
siempre se ha de componer
de hombres...
GARCÍA. Es verdad.—¿Qué ha sido
de aquel tenor...
MARQUESA. ¿Cuál?
GARCIA. Aquel
que cantó en casa de Elena
más que en el Real, y fué
con ella, y los de Pantoja
al Rhin...
MARQUESA. No he vuelto á saber.
GARCIA. A Italia, á Grecia, á Turquía...
MARQUESA. ¡Cuánto dió que hablar con él!
GARCIA. Y con otros.

MARQUESA. Sí... usted mismo...
GARCIA. ¡Yo!... (Sorprendido y risueño.)
MARQUESA. Vaya que en Aranjuez...
GARCIA. Yo nó! (Sé bien que no es cierto
y lo empezaba á creer.)
Desengáñese usted: nadie
vence á Guillermo, y no sé
por qué diablos no se casan.
MARQUESA. Ella no quiere perder
su libertad... (¡felizmente!);
á él le va sin duda bien
manejando la fortuna
y viviendo como un rey...
¿Y qué hombre que no posponga
su decoro á su interés
va á casarse con Elena?
GARCIA. Sí, es necesario tener
cierto... estómago.—¡Y dá lástima!
¡Tan guapa!...
MARQUESA. Sí, *la beauté*
du diable.
GARCIA. ¡Y tan elegante!...
MARQUESA. Cierto, la viste el primer
sastre de París.
GARCIA. ¡Y luego,
tan obsequiosa!...
MARQUESA. El marqués
la dejó rica.
GARCIA. ¡Oh! ¡su mesa!...
El que como yo es *gourmet*...
—¡Yo la quiero mucho!
MARQUESA. ¿Y yo?
GARCIA. Los dos.
MARQUESA. Pero bueno es
alejarse algo: aunque una
no pueda echarse á perder...
GARCIA. No, usted ya no. (Sencillamente.)
MARQUESA. El mundo...
GARCIA. Sí,
el mundo es peor que Luzbel.
—Lo cierto es que ustedes tienen
bien poco que agradecer
á Elena...
MARQUESA. Cuanto hoy debía
ser nuestro, á sus manos fué...

y el título de que nadie
me puede desposeer,
á ella se le sigue dando
y á mí no hay quien me le dé!
¿Hay motivo para esto?
Sea usted franco.

GARCIA. ¡Qué ha de haber!
¡No hay ninguno, Manolita!...
(Rectificando, á un gesto de disgusto que hace la Marquesa.)
—Marquesa, perdone usted!

ESCENA VI

TODOS LOS PERSONAJES

GARCIA. (¿Habrá oido? (Sobresaltado, y aparte á la Marquesa.)

MARQUESA. (Secamente.) ¡No señor!)

ELENA. ¿Quieren ustedes jugar? (Ofreciendo á la Marquesa su mazo de jugar al cróquet; Andrés da el suyo á García.)

GARCIA. ¡Vamos!—(Se quiere quedar
á solas con el pintor. (Aparte á la Marquesa.)

MARQUESA. Y observando á Andrés, cualquiera
que es un santo pensará.

GARCIA. Eso hay que verlo.

MARQUESA. ¿Será
que ella...

GARCIA. ¡Como si lo viera!..)
(Dirigiéndose á Guillermo y á Rosario y dando el brazo á la Marquesa. Los cuatro se retiran después á la terraza.)
Deux á deux. Partie carrée.—
—Nous allons triompher ¿n'est ce pas?
(A la Marquesa.)

MARQUESA. *Sans doute.*

GARCIA. *Acceptez mon bras,*
marquisse, et quand vous voudrez.

ESCENA VII

ELENA *y* ANDRES

ANDRÉS. Aún está usted ofendida
conmigo. (Viéndola séria y preocupada.)

ELENA. ¿Yo!.. (Saliendo de su distracción.)

ANDRÉS. ¿Fué tan grave
mi culpa?

ELENA. Nó.—Usted no sabe
nada casi de mi vida.
Usted trajo á mi memoria
la historia de la mujer
de César... y es menester
que yo le cuente mi historia.
(Sentándose é invitándole á que se siente á su lado.)
—No es larga.—Murió mi madre
cuando me dió la existencia,
y apenas noté su ausencia:
¡tánto me quiso mi padre!
Soñó éste hallar—triste yerro—
en la política una
posición y una fortuna,
y despertó en el destierro.
Juntos allí, ¡con qué afán,
con qué amante valentía
luchó!... Al principio, hubo día
en que nos faltó hasta el pan;
pero venció su tesón,
y pudo, bañado en lloro,
decirme: «Ya que no oro,
te dejaré educación.»
¿No ha de tener la constancia
algún noble privilegio?—
Me hizo entrar en el colegio
más caro y mejor de Francia,
y ocho años—ocho cabales—
tuve allí por compañeras
á las ricas herederas
de las casas principales.
El encierro, la verdad,
me ahogaba, y era mi empeño
mayor, mi constante sueño

recobrar la libertad.
Mi buen padre, sin embargo,
hasta el día que cumplí
quince años, me tuvo allí.
Al fin me puso de largo,
llevóme á lucir mis galas
á París, y el ave presa
se vió otra vez con sorpresa
en posesión de sus alas.
Tras dos meses de reposo,
mi padre me empezó á hablar
de su idea: cultivar
las que él juzgaba orgulloso
disposiciones felices
de la aturdida chicuela
que idolatraba, en la escuela
superior de institutrices.
Darme el medio de tener
la independencia cumplida
que asegura al par la vida
y el honor de la mujer.

ANDRÉS. Plan digno de su experiencia.

ELENA. No alcanzó mis simpatías. (Sonriendo.)

ANDRÉS. Claro está. (Idem.)

ELENA. En aquellos días
iba á casa con frecuencia
un anciano de lozana
salud, amigo y paisano
de mi padre.

ANDRÉS. (Adivinando.) Aquel anciano...

ELENA. (Asintiendo.) Era el marqués de la Llana.

ANDRÉS. ¿Vivía...

ELENA. En emigración
voluntaria, con su fiel
secretario, en un hotel
digno de su posición.
Pronto fué el viejo mi amigo.

ANDRÉS. ¿Supo... (Sin poder contener su interés creciente.)

ELENA. Adoptó el mejor modo:
estar en todo y por todo
conforme siempre conmigo.
Y no eran tampoco leve
seducción, su genio franco,
vivo, su cabello blanco
como el ampo de la nieve,

su ilustración, su virtud
austera á un tiempo y amable...
Era un viejo venerable
por su misma juventud.—
Y además, ciertos cariños
tienen mucho de reflejos:
el niño quiere á los viejos
porque el viejo ama á los niños..

ANDRÉS. Verdad.

ELENA. En esto, llegó
la hora de entrar en mi nueva
reclusión.

ANDRÉS. ¡Terrible prueba!

ELENA. Tuve que consolar yo
á mi padre.

ANDRÉS. —¿Sí?

ELENA. —Guillermo
—que quería como un hijo
á su protector—nos dijo
que el marqués se hallaba enfermo
sólo al pensar que de allí
me iba yo; que era evidente
que estaba perdidamente
enamorado de mí;
y que en nombre del anciano
á quien él se lo debía
todo en el mundo, venia
por su vida y por mi mano.
—Miróse mi padre viejo,
vióme á mil riesgos expuesta...
Me consultó: mi respuesta
fué demandarle consejo,
y me dió el más oportuno
y el más sensato quizás:
—«Cásate, Elena, y tendrás
dos padres en vez de uno.»

ANDRÉS. ¿Y usted...

ELENA. ¿Qué iba á hacer? De un lado
la tremenda perspectiva
de volverme á ver cautiva;
de otro, mirar alejado
tal riesgo, y en mi ignorancia
del mundo fácil creer
la ventura junto á un sér
que no inspira repugnancia

ninguna; encontrar espacio
donde al fin tender el vuelo
de tanto oprimido anhelo;
habitar en un palacio,
entre mármoles y bronces
y oro y seda...—¡Me casé,
y muy alegre!

ANDRÉS. (¡Ah! ¿Por qué
no te conocí yo entonces?)

ELENA. Complacerme, de mi esposo
era el afán predilecto.
No tenía otro defecto
que el de ser algo celoso...
Bajó al mes de ir yo al altar
mi padre á la sepultura:
vió mi existencia segura
y pudo al fin descansar.
Aún dan á su amor tributo
mis ojos mal enjugados.
En mí no ha muerto.—Pasados
dos años largos de luto,
en que se aumentó el humor
celoso de mi marido,
ví que el colegio temido
no era el encierro peor.
Cárcel fué la casa mía.

ANDRÉS. ¡Pobre Elena!

ELENA. El compañero
de mi vida, carcelero
á quien ni aun odiar podía.
Sólo un hombre entraba allí.

ANDRÉS. Guillermo... (Sobresaltado.)

ELENA. Él mi escudo fué:
sin su protección, no sé
qué hubiera sido de mí.

ANDRÉS. ¡Protección?...

ELENA. Sí, protección.
Si fuí al mundo tres ó cuatro
veces, si pisé un teatro,
lo debí á su intercesión.
Entonces y en el fatal
trance de morir mi esposo,
sostén encontré y reposo
en su afecto fraternal.
Gracias sin duda ninguna

á su cordial interés,
testó el difunto marqués
y me dejó una fortuna.

ANDRÉS. Tánto elogio...

ELENA. ¿En la amistad
hay celos?

ANDRÉS. (Sin poderse contener.) ¡En todo, Elena!
(Queriendo variar de conversación.)
—Muerto el marqués...

ELENA. Quedé en plena
y absoluta libertad
de vivir á mi albedrío,
y usé de ella. Tanta traba
rota y repuesta, hostigaba
desde años atrás mi brío,
y de buenas á primeras
medio mundo recorrí.
Si antes de véras sufrí,
luego disfruté de véras,
viendo con desdén supremo
escupir al mundo hiel.
—Le conozco y me río de él.

ANDRÉS. (Levantándose. Elena ha e lo propio.)
Yo le conozco y le temo.

ELENA. ¿Usted?...

ANDRÉS. (Mucha expresión y claridad.)
Su poder me abruma.
—Mi padre era hombre de honor,
pero un amigo traidor
le estafó una enorme suma
á su custodia fiada,
y la vil maledicencia
le inculpó.

ELENA. Mas su inocencia...
al fin... (Con ansiedad)

ANDRÉS. Sí, al fin fué probada.
¡Ay! Tan al fin, que al quedar
su honra de oprobio á cubierto,
el desdichado había muerto
de vergüenza y de pesar.
Mi infancia triste, derrama
tal sombra en mi vida entera,
que no hay virtud verdadera
para mí sin buena fama;
y es mi atención principal

velar por ese tesoro
purísimo como el oro
y frágil como el cristal.

ELENA. Su padre... (Yendo á defenderle.)

ANDRÉS. El mundo—y es buena
aunque terrible enseñanza—
castigó su confianza,
no su probidad, Elena.—
Y en cuanto á usted...—Hay acciones
que, aun siendo muy inocentes,
se prestan á diferentes
juicios é interpretaciones.

ELENA. ¿Quién, aunque sus pasos mida,
podrá al mundo contentar? (Con ménos fuerza que antes.)

ANDRÉS. ¿Y por qué le hemos de dar
lo peor de nuestra vida?
Ni ¿cómo esperar que otros
en nuestro favor estén,
cuando á nosotros nos ven
trabajar contra nosotros?

ELENA. La intención... (Tímidamente ya.)

ANDRÉS. ¡Oh qué profundo
error!

ELENA. Pues yo considero...

ANDRÉS. Para Dios es lo primero
y lo último para el mundo.
No mire usted con desdén
á la opinión general:
quien desprecia que hable mal
no es digno de que hable bien.

ELENA. (Después de un momento de pausa.)
¡Tiene usted razón! Prometo
la enmienda.

ANDRÉS. ¿Sí?..

ELENA. Y de buen grado.
Nadie como usted me ha hablado
nunca. Unos, con indiscreto
cariño, dan imprudente
aplauso á mis tonterías,
y otros censuras impías
á mi acción más inocente.
Aquéllos el mal me ocultan,
y éstos lo hacen más pequeño
para mí por el empeño

mismo con que me lo abultan.
Usted la senda me indica
del honor y del deber.

ANDRÉS. (¿Por qué tiene esta mujer
el defecto de ser rica?)

ELENA. Su rigor mismo acrisola
el interés que...

ANDRÉS. (Tranquilizándola.) Aún fué escaso
el mal: aún es tiempo.—El caso
es que... Vive usted tan sola...

ELENA. (Interrumpiéndole; con convicción.)
¡Cierto!

ANDRÉS. (Continuando.)... En medio del vaivén
de gentes que la conmueve...

ELENA. Sí.

ANDRÉS. (Veamos.) Usted debe
quizás casarse. (Observándola.)

ELENA. (Con naturalidad.) Y ¿con quién?

ANDRÉS. (¡Respiro!)

ELENA. Si me volviera
á casar, me casaría
por amor...

ANDRÉS. ¿Y... (Ansiedad.)

ELENA. Todavía
no conozco ni siquiera
de vista á ese caballero. (Ligereza.)

ANDRÉS. ¿No? (Sorpresa y alegría.)

ELENA. De oídas sólo, en canciones...
poesías... declaraciones
hechas, no á mí, á mi dinero.

ANDRÉS. (¡Oh!)

ELENA. En persona, nunca vi
por espacio de un segundo
al amor.

ANDRÉS. (¡Y anima el mundo!
¡Y lo tienes junto á tí!)

ELENA. Y á veces ¡siento un vacío
en mi existencia!... (Melancólica.)

ANDRÉS. (¡Oh no empieces
á amar, si es á otro!)

ELENA. A veces,
quisiera dar mi albedrío
á alguien ya.

ANDRÉS. (¿De amor se abrasa
y lo ignora?) Yo pensé....

que Guillermo...

ELENA. ¡Bah! ¿Y por qué?

ANDRÉS. Frecuenta tánto esta casa...

ELENA. ¿Y usted? ¿Acaso no alterno con todos?

ANDRÉS. Nó, si no digo...

ELENA. ¿Eso es raro en el amigo antiguo y no en el moderno?— Y á propósito: el retrato está acabado hace un mes.

ANDRÉS. ¡Por Dios!

ELENA. Quiero saber si es caro ó barato.

ANDRÉS. Barato... (Para tí.)

ELENA. (Está pensativo...) (Observándole con interés cariñoso.)

ANDRÉS. (Insensiblemente cedo á su influjo.—¡Ay! tengo miedo de la atmósfera en que vivo.)

ESCENA VIII

DICHOS y LOS DEMÁS PERSONAJES, *que entran de la terraza con cartas y periódicos*

MARQUESA. ¡Elena! ¿Sabes?... ¡La prensa de hoy trae noticias atroces de Santander!

GUILLERMO. Y estas cartas nos dan nuevos pormenores de lo ocurrido en la Llana. (Dándole algunas á Elena.)

ELENA. Pues, ¿qué ha pasado?

MARQUESA. Una enorme crecida del río.

ELENA. ¿Sí?

GUILLERMO. Que ha arrastrado casas, bosques y...

MARQUESA. Originado hundimientos en algunas posesiones nuestras... Es decir, de Elena.

ELENA. Lo mío es vuestro. (Naturalmente.)

MARQUESA. (Conformes.)
ANDRÉS. ¿Ha habido desgracias?
ELENA. (Que hojea las cartas que le ha dado Guillermo.)
Pérdidas
materiales.
GARCÍA. ¡Qué demontre! (Mirando el reloj y con indiferencia.)
ANDRÉS. Mas las vidas...
ELENA. Se han salvado
niños, mujeres y hombres. (Con expansión.)
GARCIA. Y usted pierde... (A Elena..)
ELENA. Alguna cosa.
Lo triste es los labradores
que quedan en la miseria.
A mí, aunque parte me toque...
MARQUESA. (¡Cómo se ve que no es suyo!)
—Hija, en estas ocasiones
hay que hacer...
ELENA. Cuanto se pueda,
y como hallar medio logre...
GARCIA. (¡Qué ocasión de extraer dinero
se le ofrece! Si la coge...
¡Dios nos coja confesados!)
MARQUESA. Déjame que reflexione...
El jardín de Villa-Elena
es grande...
ELENA. No entiendo...
MARQUESA. Oye.
Aquí caben bien trescientas
personas.
ELENA. Sin duda.
ROSARIO. (¿Dónde
va á parar?)
MARQUESA. Con luz eléctrica
y con algunos faroles
á la veneciana...
ELENA. Pero... (Con extrañeza.)
MARQUESA. Podemos dar una noche
una fiesta.
ELENA. ¡Eh!...
MARQUESA. Con la entrada
á ocho ó diez duros...
GUILLERMO. (O doce.)
ELENA. ¿Una fiesta?
MARQUESA. Una *Kermesse*.

Todo el mundo dará lotes.
GARCIA. (Nos cayó la lotería.)
MARQUESA. Habrá cena... Está en el orden.
Y baile...—Señor, ¿qué menos
hemos de hacer por los pobres?
GUILLERMO. (¡Cómo gusta esta señora
de hacer multiplicaciones
con la desgracia!)
MARQUESA. Podemos
sacar...
GARCÍA. (Cuanto se te antoje.
¡Las muelas! Este es el turno
pacífico de los pobres.)
ELENA. No apruebo ese plan.
MARQUESA. ¿Qué dices?
ELENA. No es de buenos corazones
gozar mientras otros sufren,
y en la caridad no es noble,
ni propio, enjugar riendo
los ojos de los que lloren.
Quien rebaja la desdicha,
la insulta, no la socorre:
mucho es el oro, mas dado
con el alma, vale doble.
(Todos dan muestras de aprobación.)
MARQUESA. No, si en siendo cosa mía
no es fácil que tú la apoyes.
ELENA. Haremos más. Yo perdono
á todos mis labradores
la renta de un año.
MARQUESA. ¿Eh!... (Sobresaltada.)
GUILLERMO. (¿Eh?)
GARCIA. Yo abriré suscripciones
en la prensa, en que figure
á la cabeza mi nombre.
GUILLERMO. (Se me fué un duro.)
ANDRÉS. (Aparte á Elena.) (Usted quiso
saber antes el importe
del retrato... El que usted quiera.
ELENA. Pero...
ANDRÉS. Siempre que lo cobren
en la Llana.
ELENA. Aranda... ¡Andrés!
¡gracias! (Estrechándole la mano con efusión; él la impone silencio con el ademán.)

(¡Cuánto vale este hombre!)
Venga usted. Leamos despacio...
Tomando el brazo de Andrés y dirigiéndose á la izquierda.)
Pidamos nuevos informes
por telégrafo... Si yo
pudiera saber qué coste
tendría reedificar
la escuela y...

MARQUESA. (Sobresaltada.) ¡Qué! ¿Te propones. .

ELENA. Hacer todo el bien que pueda. (Con sencillez.)

MARQUESA. ¡Pero hija...

GARCIA. (Ya no está acorde.)

MARQUESA. Ayúdeme usted, García;
impidamos que derroche
así...—¡Elena! ¡Elena!! ¡Elena!!!
(Siguiéndola y llevando de remolque á García.)

GARCIA. (Hoy nos canta »¡Mefistófeles!»)

ESCENA IX

ROSARIO *y* GUILLERMO

ROSARIO. (¡Ya no está bien más que al lado
de ese hombre!)

GUILLERMO. (Ya es singular...)

ROSARIO. Sospecho que va á cambiar
Elena de... *apoderado*.

GUILLERMO. Yo sirvo sin interés
el cargo, y...

ROSARIO. ¿Quién lo diría?

GUILLERMO. Yo á usted sí que la creía...
apoderada de Andrés.

ROSARIO. Son, uno y otro, dos séres
tan extraños como amables.

GUILLERMO. Y á más, somos tan variables
los hombres...

ROSARIO. Y las mujeres... (Ligera pausa.)
—Usted quisiera saber...

GUILLERMO. Soy amigo consecuente
y no me es indiferente
la dicha de esa mujer.

ROSARIO. Yo admiro en Andrés renombro

y habilidad... y por esa
circunstancia, me interesa
el porvenir de ese hombre.

GUILLERMO. Si descubro la verdad...
ROSARIO. Yo haré mis observaciones...
GUILLERMO. Cambiaremos impresiones...
ROSARIO. Por pura curiosidad...
GUILLERMO. ¡Claro!
ROSARIO. Voy...
GUILLERMO. Vaya usted, sí.
ROSARIO. No vaya á hacer Belcebú...
GUILLERMO. (Bien: trabaja por mí tú...)
ROSARIO. (Tú trabajarás por mí.) (Vase por la izquierda.)

ESCENA X

GUILLERMO.

Esta mujer ha logrado
trasmitirme su zozobra.
¿Se vendrá á tierra la obra
en que afanoso he empleado
lo mejor de mi existencia?—
Si más de lo conveniente
callé...—¿Habré sido imprudente
por exceso de prudencia?
—Pero ¿dónde está el exceso?
¿A qué arrancar verde y dura
fruta que dulce y madura
caerá por su propio peso? (Con confianza.)
Yo supe hasta hoy alejar
rivales de mayor talla.
Si aún mi amor espera y calla,
el mundo no ha de callar,
y hará forzosa una unión
que nada puede impedir:
Elena es mi porvenir,
mi esperanza... y mi pasión.
Nadie su cariño aplica
con tanto derecho á ella.
Dios la hizo virtuosa y bella:
yo la hice feliz y rica.
Y no me impulsa asquerosa

codicia, al honor contraria:
Elena, si es millonaria,
también es joven y hermosa.
Su linda mano pretendo,
no la de una vieja fea,
por riquísima que sea,
como otros.—¡Yo no me vendo!

ESCENA XI

GUILLERMO *y* ELENA *que sale por la izquierda con unos papeles en la mano.*

ELENA. ¡Qué caro se vende usted!
GUILLERMO. ¿Eh? (Sin poder contener un movimiento.)
ELENA. Aquí tan tranquilo, mientras
cada cual me proponía
un plan diverso.
GUILLERMO. Es que...
ELENA. Vea
usted si estos telegramas...
GUILLERMO. Muy bien. (Examinándolos rápidamente.)
—A mí me exaspera
su cuñada de usted, y huyo
de encontrarme en su presencia.
No soy yo solo. Su hermano
el marqués, huyendo de ella,
se marchó á Francia; su esposo
el mísero Don Esteban,
se fué dos veces seguidas
al otro mundo: una á América,
país á que hallaba el defecto
de estar demasiado cerca
de España, y otra á la gloria
diciéndose: »¡Aquí no entra!»
ELENA. Al infeliz le dió el vómito
en la Habana.
GUILLERMO. ¡No lo crea
usted!
ELENA. Pues ¿no murió de él?
GUILLERMO. No señora: murió *de ella.*
ELENA. ¿Cómo de ella?
GUILLERMO. De su esposa,

que es peor que unas viruelas.
Usted aún no la conoce.
¡Si usted supiese qué ausencias
hace por ahí de los dos!

ELENA. Me figuro estar oyéndola.
Dirá que usted es mi amante, (Riendo.)
¿eh? ¡Pues pocas indirectas
me ha echado en mil ocasiones!

GUILLERMO. ¿Á usted?

ELENA. Pero ¿habrá quien crea
semejante absurdo?

GUILLERMO. (¿Absurdo?)

ELENA. Pues si usted mi amante fuera,
¿estaría usted en casa
de continuo? ¿No sospecha
que guardaríamos más
y mejor las apariencias?
Y si, siendo los dos libres,
amor mutuo nos uniera,
¿á qué ocultar lo que había
de santificar la iglesia?
¿No podemos ser amigos,
hermanos? ¿Hemos, por fuerza,
de ser amantes?—¡Bah!

GUILLERMO. (¡Tanta
fraternidad, ya es molesta!)

ESCENA XII

DICHOS *y* ROSARIO, *que sale por la izquierda.*

ROSARIO. (¿Ahora con éste?)

ELENA. Haga usted
—que es lo que nos interesa—
que lleven pronto al telégrafo
esos partes.

GUILLERMO. Bien.—(Aparte á Rosario, sonriendo y entrando en la casa.)
Alerta,
centinela.

ROSARIO. Alerta está.
(¡No estás tú mal centinela!)

ESCENA XIII

ELENA *y* ROSARIO

ELENA. Hija, tu madre...
ROSARIO. No hagas
caso; su genio la lleva
á decir lo que no siente.
ELENA. ¡Tú me quieres, tú eres buena!
(Abrazándola y besándola.)
ROSARIO. Siempre te he querido, es cierto,
y hoy vas á darme una prueba
de que pagas mi cariño.
ELENA. Habla. ¿Qué tardas?
ROSARIO. Sé ingenua
y descúbreme qué origen
tiene el cambio que se observa
en tu carácter. Ayer
tan animada y risueña
por todo, y hoy cualquier cosa
te exalta y te...—Dime, Elena,
¿no eres feliz?
ELENA. ¡Si yo misma
no me doy razón entera
de lo que me pasa!
ROSARIO. Á ver.
Explícate.
ELENA. ¡Son tan nuevas
mis impresiones! Diríase
que es la sangre de mis venas
otra. Á veces, sin motivo,
ó sin que el motivo sepa
yo misma, me asalta extraña
é incomprensible tristeza,
y hasta en la tristeza encuentro
dulzura que me recrea.
¡Si mis tristezas presentes
me son más gratas que aquéllas
estúpidas alegrías
que hoy ni me aturden siquiera!
Me causa desconocido
encanto la más pequeña,
la más vulgar impresión.

La aurora que me despierta
y me anima como á cuanto
vive en la naturaleza;
la flor que cojo á mi paso;
un pajarillo; la puesta
del sol que en el mar se hunde
como si él sólo pudiera
templar la sed que le hostiga
y la lumbre que le quema...
Todo habla á mi fantasía,
todo el ánimo me eleva,
todo en mi sér desarrolla
no sé qué ternura intensa
cual si el corazón creciese
y en lágrimas se fundiera.
—¡Búrlate de mí!

ROSARIO. ¿Yo!...—¡Sigue!
(¡Pues no está poco poética!)

ELENA. A veces me encuentro sola
entre las gentes; se alejan,
y la soledad no existe:
mis pensamientos la llenan.
Y es que el bullicio del mundo
los ensordece y dispersa,
y en la soledad se juntan
y amorosos me rodean.
Yo no sé si son mis ojos,
pero el cielo se me muestra
más azul, más puro el aire
y las noches más serenas.
Y, como si el universo
sus misterios descorriera
para mí, hasta en los girones
de las enlutadas nieblas,
hasta en la lluvia monótona,
hasta en la horrible tormenta
que da apariencias de infierno
al cielo donde se engendra,
encuentro emociones grandes
que el alma me regeneran.
—¿Qué es esto, Rosario?

ROSARIO. Esto
es que amas. (Con mal disimulado despecho.)

ELENA. Tú te chanceas.

ROSARIO. Que tu corazón dormido,

arrullado por ligeras
afecciones, se quemó
con el fuego... y se despierta.

ELENA. ¡Calla! (Pensativa.)

ROSARIO. (¿Á cuál de los dos es?)
Veo que hay una epidemia
de amor en San Sebastián
y á todos el mal se pega.

ELENA. ¿Á todos?

ROSARIO. Guillermo está
loco por tí.

ELENA. (Con enfado.) ¡Eso ya es tema!

ROSARIO. García piensa casarse.

ELENA. Ya verás cuánto lo piensa.

ROSARIO. Y Andrés...

ELENA. (Sobresaltada y confusa.)
¿Andrés!—¿También ese...
ama? ¿Á quién?...

ROSARIO. ¿Á quién? (¿Se altera?)
Él hace la corte...

ELENA. (Con ansiedad.) ¡Acaba!

ROSARIO. Á mí.

ELENA. ¿Á ti?—¡Nó!

ROSARIO. ¿Te molesta?...

ELENA. ¿Por qué me ha de molestar?...

ROSARIO. Te advierto que yo, á estas fechas,
no le he dado ni el menor
pretexto para...

ELENA. ¿De véras?
¡Has hecho bien! ¿No le quieres,
verdad? ¿No? ¡Bendita seas!
¡Has hecho bien! (Besándola con doble efusión que al principio de la escena.)

ROSARIO. (¡Oh!) ¿Por qué?

ELENA. Por... No lo sé. Eso me alegra...
y... tú que lo sabes todo...
tú puede ser que lo sepas. (Ruborizada, pero con cierta inocente malicia y ocultando la cara en el hombro de Rosario.)

ROSARIO. (Le amaba sin sospecharlo
y yo se lo he dicho, ¡necia!
Quise descubrir si amaba...
¡y se lo descubro á ella!...)

ESCENA XIV

DICHAS; ANDRÉS, GUILLERMO *y* GARCÍA, *que salen por la izquierda, fumando*

GUILLERMO. ¡Qué! No es eso, no señor:
gobiernos como el presente...
GARCIA. La verdad es que esta gente
no puede hacerlo peor.
No puede, y es tontería
obstinarse.
ANDRÉS. ¿De manera
que usted cree...
GARCIA. Pues, si pudiera
hacerlo peor, ¿no lo haría?
(Yendo hacia la terraza.)
ROSARIO. (Aparte á Guilermo.) (Siento causar á usted pena
con la noticia.
GUILLERMO. ¿A mí? Pues...
¿qué pasa?
ROSARIO. Elena ama á Andrés.
(Guillermo hace un gesto de sorpresa y de duda.)
—Lo sé por la misma Elena.
GUILLERMO. ¿Sí?)
ANDRÉS. (Mirando á Elena.)
(Está afligida.)
ELENA. (Su amor
á Rosario, ¿será cierto?)
GARCIA. (Que con Guillermo ha salido á la terraza y mira al mar con los gemelos.)
Elena, ahora entra en el puerto
el famoso *Destructor*.
Mire usted.
ELENA. (Á Rosario cogiéndola del brazo.)
Ven.
ROSARIO. (Queriendo desasirse.) Ya te sigo...
ELENA. No: ven. (Resistir no sé
mi incertidumbre.)

ESCENA XV

ANDRÉS *y* GUILLERMO

ANDRÉS. (¿Por qué
está tan seria conmigo?
¿Sospechará mi infeliz
amor?)
GUILLERMO. (¿Pretendes pescar
un dote? Voy á arrancar
tu entusiasmo de raíz.)
ANDRÉS. (Y creerá...) (Con amargura.)
GUILLERMO. Amigo, mal día
para Elena.
ANDRÉS. Aunque no es grave
la pérdida...
GUILLERMO. Usted no sabe
todo el daño todavía.
ANDRÉS. Pues ella...
GUILLERMO. Ocultarlo quiso.
La compasión importuna
siempre.
ANDRÉS. Pero... (Alarmado.)
GUILLERMO. Su fortuna
está en grave compromiso.
ANDRÉS. ¿Sí?
GUILLERMO. Ya venía mermada
por tanto derroche loco.
Elena dentro de poco
está arruinada.
ANDRÉS. ¡Arruinada!
GUILLERMO. (¡Dolor sincero y profundo!)
¿Quién sabe lo que le espera
á esa infeliz?
ANDRÉS. (Alzando la cabeza y con energía.)
¡Eso fuera
á no existir yo en el mundo!
¡Yo que hasta bendeciría
el mal que la aflige ahora
á no ser porque ella llora
cuando yo siento alegría!
GUILLERMO. ¡Alegría?...
ANDRÉS. ¿Usted no alcanza

la razón?

GUILLERMO. ¿Cuál puede haber?

ANDRÉS. Yo adoraba á esa mujer...
—confianza por confianza.—
Era rica y, claro está,
hice á ella formal renuncia.
Usted que es pobre me anuncia...
¡Pues no hay obstáculo ya!

GUILLERMO. ¿Cómo!—¿Usted...

ANDRÉS. Cesó el mayor.
Volvió la paz á mi pecho.
¡Un abrazo! ¡Usted ha hecho
fácil mi imposible amor!

GUILLERMO. (Hay ocurrencias dichosas,
y ésta á la mejor excede!)

ANDRÉS. ¡Mía Elena!

GUILLERMO. (Pero ¿puede
nadie prever ciertas cosas?)

ANDRÉS. Ahí viene...

GUILLERMO. (Acaso un pretexto
buscaba y yo se le dí...)

ANDRÉS. ¡Guillermo!... (Empujándole suavemente.)

GUILLERMO. (¡Y me echa de aquí!
¡No me faltaba más que esto!)
(Se va por la derecha, segundo término.)

ESCENA XVI

ANDRÉS *y* ELENA, *que sale de la terraza.*

ELENA. (Nó, Rosario no es capaz
de engreirse por la menor
galantería...) (Preocupada, sin ver á Andrés.)

ANDRÉS. (El dolor
se pinta en su hermosa faz.)
—Elena...

ELENA. (¡Él! Si hubiera modo
de saber...) Andrés amigo...

ANDRÉS. No finja usted más conmigo;
es inútil: lo sé todo.

ELENA. ¿Todo!...

ANDRÉS. Ábrame el corazón
con entera libertad;

no tenga usted vanidad
fuera de tiempo y sazón.

ELENA. (¿Vanidad llama...)

ANDRÉS. No es noble
su reserva, ni oportuna.
Si ha menguado su fortuna,
mi cariño se ha hecho doble.

ELENA. (¿Qué dice?)

ANDRÉS. Enterado estoy
de cuanto á usted le sucede
y de la extensión que puede
tener lo sabido hoy.

ELENA. ¿Piensa usted...

ANDRÉS. Que nadie aquí
la quiere como la quiero...
y que valgo poco... pero...
que disponga usted de mí!

ELENA. ¿Me cree usted en la pobreza
y me ofrece...

ANDRÉS. Cuanto valgo,
cuanto soy: ¿ofendo en algo
así su delicadeza?

ELENA. Pero usted me quiere dar...

ANDRÉS. ¡Elena! (Contemplándola amorosamente.)

ELENA. ¡Usted está loco!

ANDRÉS. ¡Si lo que ofrezco es tan poco...
que hasta se puede tomar!

ELENA. Aunque fuera cierto el hecho
que á dar le mueve este paso,
¿tiene usted derecho acaso...

ANDRÉS. Sé que no tengo derecho.
¿Cómo he de dar al olvido
que lo que ofrecí imprudente
se recibe solamente
de un hermano ó de un marido?
Pero ayer se consumía
callando mi corazón,
y hoy que puede mi pasión
mostrarse á la luz del día,
que usted acepte merezco
cuanto mi cariño da,
pues con la dádiva va
la mano con que la ofrezco!

ELENA. ¡Andrés!

ANDRÉS. Perdón si ofendí

á quien agradar procuro.

ELENA. ¿Usted me amaba? (Sin ocultar su alegría.)

ANDRÉS. Lo juro:
desde el punto en que la ví.

ELENA. ¿Es posible?

ANDRÉS. En la primera
inolvidable entrevista
de la dama y del artista,
dió á usted éste el alma entera
pensando de terror lleno:
"¿La entrego ó la restituyo?"
no como quien da lo suyo,
como quien vuelve lo ajeno!
¿Cabe tardanza en amar
siendo usted el sér amado,
y hacerse ver su cuidado,
y mi obligación mirar?
En vano intenté con calma
dar al retrato comienzo,
que lo pintado en el lienzo
se me grababa en el alma!
Amé y callé por amar
y usted la causa se explica.

ELENA. (¡Pues te callo que soy rica...
no te vuelvas á callar!)

ANDRÉS. ¡Hable usted!

ELENA. ¿Qué he de decir?...

ANDRÉS. Mi posición es modesta,
mas si amor alas me presta,
acaso podré subir.

ELENA. La que tanto amor lograba,
la deuda satisfacía
sin saber que la tenía,
sin saber que la pagaba.
Temí que objeto mejor
despertara sus anhelos,
y el reactivo de los celos
mostró el oro del amor.

ANDRÉS. ¡Elena!

ELENA. Y ¿á quién la nueva
debe usted de que he perdido...

ANDRÉS. ¡A Guillermo! (Con alegría y confianza.)

ELENA. (Ha sorprendido
su amor, y lo ha puesto á prueba;
Siempre mis satisfacciones

á las suyas eslabona.)
El es la sola persona
que sabrá estas relaciones.

ANDRÉS. Y ¿á qué ocultar...

ELENA. Hoy por hoy,
el misterio es conveniente,
porque no diga la gente
al ver que rica no soy
—ya ve usted que bien le imito
aunque la copia improvise—
que opulenta no le quise
y pobre le solicito.
Todo al fin se ha de saber
en el momento supremo.

ANDRÉS. Verdad.

ELENA. (Y entonces, no temo
que me dejes de querer.
Sigue en tanto en el error
que á uno y otro nos eleva,
porque me ensalza y me prueba
la nobleza de tu amor.)

ESCENA XVII

DICHOS, ROSARIO, GUILLERMO *y* GARCÍA, *que bajan de la terraza; al final de la escena la* MARQUESA, *que sale por la izquierda.*

ELENA. (A Guillermo.) (Mil gracias por su ingerencia
oportuna. Andrés me tiene
por pobre, y me ama! Conviene
que siga en esa creencia.

GUILLERMO. No extingue una gran fortuna
pasión tan bien declarada.
(Con mal reprimido despecho.)

ELENA. ¡No sabe usted cuánto agrada
que á una la quieran... por una!)
(Volviendo á hablar con Andrés, que conversaba con García.)

ROSARIO. (A Guillermo.) (¿Me engañé?

GUILLERMO. Dijo usted bien;
mas justo es que yo la entere
de algo nuevo: ella le quiere,

pero él... la quiere también.

ROSARIO. ¿El?

GUILLERMO. Y aunque usted no lo crea,
con ceguedad, con locura.—
¡Dios les conceda ventura!

ROSARIO. Sí... la que usted les desea.) (Guillermo se separa de Rosario y se acerca á Elena y á Andrés.)

MARQUESA. (Saliendo.) ¡La una! ¿Hoy no se almuerza aquí?

GARCÍA. (Yendo á ella.) Almorzaremos nosotros...
(mientras todos estos otros
se devoran entre sí.)

MARQUESA. ¿Qué pasa?

GARCÍA. Lo que al instante
dirá el mundo á boca llena:
que nuestra querida Elena
tiene en campaña otro amante. (Marcado.)

GUILLERMO. (A Andrés y á Elena, con quienes conversaba afablemente en voz baja.)
¡Dichoso yo si algún día
en el bien de ambos influyo!

ROSARIO. (¡Ese hombre, no será suyo!) (Por Andrés.)

GUILLERMO. (¡Esta mujer, será mía!) (Por Elena.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Casa de Elena en Madrid. Gabinete de forma ochavada, que comunica por el fondo con un salón. Dos puertas en las ochavas y otras dos en primer término. A la izquierda, un «secretaire». Lujo y elegancia en el mueblaje. Es de noche y ambas habitaciones aparecen espléndidamente iluminadas.

ESCENA PRIMERA

LA MARQUESA *y* ROSARIO *en puntos separados del teatro. Aquélla lée un periódico, y ésta, sentada junto á un velador, hace un juego de paciencia.*

MARQUESA. (Después de una pausa y suspendiendo la lectura.)
¿Sabes que no está esta noche
con nosotras Elenita
muy amable que digamos?
ROSARIO. Ya saldrá.
MARQUESA. Sí, pero, hija,
tánto hacernos esperar
es una descortesía.
ROSARIO. Ya te dije que veníamos
muy temprano: ella nos cita
á las diez, y son las nueve
y media.
MARQUESA. Con la familia
no rezan nunca esas fórmulas.
ROSARIO. Es verdad; pero tú olvidas
que entre el ama de esta casa
y nosotras, aunque exista
parentesco, es meramente

político, y lo que había
de ser dulce confianza
no pasa de ser política.

MARQUESA. Política ¿eh? ¡Pues te juro
que parece grosería!—
Nos lleva á San Sebastián,
quieras que nó; nos obliga
á que vivamos con ella
y á sufrir la compañía
del Guillermito en Agosto
y en Setiembre la del *quidam*
que le sustituye; torna
á la coronada villa,
y en dos meses no se acuerda
de mí ni de su sobrina.
¿Venimos á verla? Nunca
está en casa, y la risita
de los criados permite
sospechar que esa consigna
sólo obedece al deseo
de no ser interrumpida
en sus amorosos dúos
con el inspirado artista.

ROSARIO. Y ¿qué hemos de hacerle?

MARQUESA. Es lástima,
es lástima que mi pícara
debilidad de carácter
adoptar no me permita
la única resolución
justa, conveniente y digna.
Dejar de tratarla.

ROSARIO. Adóptala.

MARQUESA. No puedo.

ROSARIO. ¿Qué hay que lo impida?

MARQUESA. Hay que... Que al fin es la viuda
de mi hermano... Que dirían
que como fué su heredera,
nos devoraba la envidia...
Que nuestro ejemplo es el único
freno que quizá la evita
rodar, Dios sabe hasta dónde...

ROSARIO. ¡Bah!...

MARQUESA. Y que tu fama y la mía
tienen solidez bastante
para que ninguno diga

que por tratarla imitamos,
ni aun disculpamos su vida.
Hay que tener caridad,
Rosario.

ROSARIO. ¡Ya! Tú aún abrigas
esperanzas de heredarla. (Rien lo.)

MARQUESA. Y ¿quién con mayor justicia
que nosotras dos...

ESCENA II

DICHOS y GARCÍA, *que sale por el fondo, de etiqueta, como todos los hombres en este acto.*

GARCIA. *¡Bon soir,*
mesdames!

MARQUESA. ¡Jesús! ¡García!...

ROSARIO. (Dejando su juego.)
¿Dónde ha estado usted metido?

GARCIA. La misma pregunta iba
á hacer yo á ustedes. No logro
echarles la vista encima
por ninguna parte!

MARQUESA. Usted
está en Madrid...

GARCÍA. Desde el día
siete de Octubre, y por más
que he buscado á mis amigas
en paseos y en teatros,
no he descubierto su pista.
(Sentándose entre las dos.)

MARQUESA. Yo siento el frío este invierno
de un modo, que me horroriza
moverme.

GARCIA. ¡Ya! (No hay convites.)
Sí, las noches están frías.
—Y ¿qué es de Elena? Al llegar,
me he encontrado suspendida
su tertulia: vengo á verla
y no recibe... Hoy me invita
á un té, y francamente, acudo
movido de la más viva
curiosidad. Por Guillermo
sé que está buena.



MARQUESA. (Maliciosamente.) Buenísima.
GARCIA. Según dicen, el papel
de ese hombre está...
MARQUESA. En decidida
baja.
ROSARIO. Y el de Andrés en alza.
GARCIA. Pero el compadre Salinas
parece...
MARQUESA. Tan satisfecho!
Unido en amistad íntima
con el pintor! Él comprende
que á Elena nadie la priva
de hacer lo que se le antoje;
y en tanto que finaliza
esta aventura romántica,
y empieza otra, se resigna
á continuar manejando
el caudal que se confía
á su probada honradez,
y se da muy buena vida.
ROSARIO. Á Guillermo solamente
le sacan de sus casillas
los que »vienen con buen fin.»
Mientras Elena persista
en su horror al matrimonio,
no dirá: »Esta boca es mía.»
GARCIA. ¿Y ustedes la ven...
MARQUESA. Poquísimo.
Como ni en mí ni en mi hija
ha de tener jamás cómplices
ni auxiliares, nos evita
todo lo que puede. Aranda,
según dice Marcelina,
la doncella—que nos cuenta
más que queremos oírla
cuando va á casa—es el único
amigo que la visita.
El amor se ha apoderado
de uno y otro con la misma
afición al retraimiento,
y si alguna vez se animan
á salir juntos, se van
por donde nadie perciba
su presencia.
GARCIA. Andrés la quiere...

Marquesa. El infeliz se imagina
su primer amor, y está
ufano de tal conquista.

Garcia. Pero ¿va á ignorar Andrés
aventuras tan sabidas
de todos?—¡Bah! (Con incredulidad.)

Marquesa. Andrés es hombre
de sociedad muy distinta
que ella. En Francia y en Italia
vivió en la colonia artística, (Con desdén.)
y en San Sebastián vió á Elena
no sólo con la benigna
parcialidad del amor,
sino como quien vivía
á su lado. Se ve mal
lo que está muy á la vista.
Aquí, ¿quién ha de sacarle
de su error si ella le aisla
de todos?

Garcia. Esa mudanza
de conducta...

Marquesa. Era precisa.
Aparte de que él es algo
hurón, ella es harto lista
para comprender que irse,
al empezar la canícula,
de Madrid con un amante,
y cuando apenas principia
el otoño, hacer ya gala
de otro nuevo, rayaría
en desvergüenza.

García. Aquí hay algo
singular, que no se explica
fácilmente. ¿Por qué causa
nos dará un té la viudita
esta noche?

Rosario. (Viendo á Guillermo.) Acaso pueda
contestar á usted Salinas.

ESCENA III

DICHOS *y* GUILLERMO, *por el fondo.*

Guillermo. Á los piés de usted, Marquesa.

Rosario... (Saludándola.)—¿Va bien? (Á García.)

GARCIA. *Pas* mal.

MARQUESA. (¡Gracias á Dios que se expresa
este hombre una vez tal cual!)

ROSARIO. Usted como nadie puede
resolvernos la cuestión.

GARCIA. Vamos, ¿qué es lo que sucede?

MARQUESA. ¿A qué viene esta reunión?

GUILLERMO. Pues... lo ignoro.

MARQUESA. ¡Usted lo ignora?

GARCIA. ¿Habla usted en serio?

GUILLERMO. Sí.

MARQUESA. Es verdad, que usted ahora
vendrá poco por aquí.

ROSARIO. Hoy es hoy, y ayer fué ayer.

GUILLERMO. Vengo como de ordinario:
cuando espero poder ser
agradable ó necesario.
Quiero que Elena me cuente
entre sus buenos amigos.

MARQUESA. Justo, y su vida presente
no exige muchos testigos.

GUILLERMO. ¿Se ha urdido contra ella ya
alguna nueva impostura?

MARQUESA. Dicen que entregada está
por completo á la pintura.

GARCIA. Y que cosa á ese arte ajena
no despierta su interés.

GUILLERMO. O lo que es igual: que Elena
es la querida de Andrés.

GARCIA. ¡Hombre!..

GUILLERMO. Usted siempre fluctúa
entre nóes y entre síes.

MARQUESA. ¡Y usted, en cambio, puntúa
perfectamente las íes!

GUILLERMO. Conozco el juego. Durante
una larga temporada,
fuí yo el obligado amante
de esa mujer desdichada.
Su desprecio y mi mutismo
cansaron á la malicia,
y hoy dicen de Andrés lo mismo...

MARQUESA. Y con la misma injusticia.

GUILLERMO. Con la misma á no dudar,
pues mayor no puede ser.

(Bien hice en aconsejar
á Elena lo que hoy va á hacer.)

ROSARIO. El caso es que usted no tiene
dato que nos facilite
ni sospechar á qué viene
este famoso convite.

MARQUESA. Quizá Andrés lo sepa.

GARCIA. ¡Toma!
¡Pues si él no...—Pero, chitón.
En nombrando al rey de Roma...
Aquí está la solución.

ESCENA IV

DICHOS *y* ANDRÉS, *por el fondo*

ANDRÉS. (Hablando al mismo tiempo que saluda.)
¿La solución? ¿Hay charada?

GARCÍA. Y difícil.

ANDRÉS. ¿Sobre qué?

GARCIA. Sobre la causa ignorada
de este milagroso té
con que Elena reanudó
su vida de tiempo atrás.

ANDRÉS. Y ¿por qué he de saber yo
lo que ignoran los demás?
La verdad, no lo concibo.

ROSARIO. ¡Qué torpeza, Dios clemente!
¡No adivinar el motivo
y lo tenemos presente!

MARQUESA. ¿Presente?...

ROSARIO. ¿Á que todavía
dudan?

MARQUESA. Dilo tú.

ROSARIO. Ya voy.
Vamos á ver: ¿en qué día
de Noviembre estamos hoy?

GARCIA. ¿Hoy?.. Treinta.

ROSARIO. ¡Y ni uno entre tántos
recuerda el *Dichoso mes*
que empieza con Todos Santos
y acaba con San Andrés!

MARQUESA. ¡Ah!..

GARCIA. (A Andrés.) ¡Felices!

MARQUESA. Es verdad!

GUILLERMO. ¡El convite era en su honor!..

ANDRÉS. (Confuso.) No merece mi humildad
tan señalado favor.

MARQUESA. Pues nosotros encontramos
muy puesto en razón...

ANDRÉS. Repito
que, á mi entender...

GARCÍA. Vamos, vamos,
no se haga usted el chiquito!

ROSARIO. Usted encontró manera
de hacer su casa convento:
sólo por usted pudiera
renunciar al retraimiento.

ANDRÉS. Yo en su existencia no influyo:
si hoy vive más retirada
que ayer, es por gusto suyo.

MARQUESA. Y de usted aconsejada.

ANDRÉS. Usted lo que hoy halla extraño
predicó en mil ocasiones.

MARQUESA. Hasta que usted puso el paño,
no se fijó en mis sermones.

GARCÍA. Principio quieren las cosas.
La fiesta de hoy puede ser
la *suite* de las famosas
é inolvidables de ayer.
Vivir de otro modo, es tonto
é impropio de su largueza.

ANDRÉS. (¡Y así gastará más pronto
los restos de su riqueza!)

ESCENA V

DICHOS *y* ELENA, *por la derecha, primer término, elegantemente prendida*

GARCÍA. ¡Oh qué hermosa aparición!

MARQUESA. Perdíamos la esperanza...

ELENA. Mil y mil veces perdón,
señores, por mi tardanza.
Tuve después de comer
un telegrama, y...

MARQUESA. ¿Ha habido
algo nuevo en Santander?
ELENA. ¿Qué más que lo ya ocurrido?
No está aquella pobre gente
para sufrir dilaciones,
y urge el envío frecuente
de recursos é instrucciones.
GARCÍA. ¡Precioso traje!
ELENA. Hoy lo estreno.
MARQUESA. ¡Ejem!... (Tosiendo maliciosamente.)
ELENA. (A la marquesa.) Y á usted ¿no le agrada?
MARQUESA. Sí, hija, sí: parece bueno.
ROSARIO. Muy mono. (¡Qué recargada!)
GARCÍA. Un té en señal de alegría,
prendido nuevo y costoso...
MARQUESA. No tiene el Santo del día
motivo de estar quejoso!
ROSARIO. ¡No por cierto!
MARQUESA. ¡Él se merece
eso y más!
ROSARIO. ¡Es claro!
ANDRÉS. (Conteniéndose apenas.)—¡Oh!...
ELENA. (Aparte y rápidamente.)
(¡Eh! Perdona al que padece
cuando gozamos tú y yo.)
MARQUESA. Decimos esto porque
estamos muy preocupados
con el motivo del té
á que hemos sido invitados.
GARCIA. Y si pedir es discreto
que el misterio no se guarde...
ELENA. Pues la causa es un secreto...
que diré á ustedes más tarde.
ROSARIO. ¿Un secreto?...
ELENA. Una sorpresa.
Llamémosle de ambos modos.
GARCIA. Y que lo será, marquesa,
¿para todos?
ELENA. (Marcado.) Para todos.
MARQUESA. El hecho es que te resuelves (Con acritud.
á evitarte pesadumbres
innecesarias, y vuelves
á tus antiguas costumbres.
ELENA. ¡Pero en mí todo es motivo
de censura!...

MARQUESA. ¡Qué aprensión!

GARCIA. (Á la marquesa.)
No vaya usted, por Dios vivo,
á quitarle la intención!

ELENA. O el cielo no me depara
suerte, ó mi prudencia es poca.
¿Me encierro en casa? Soy rara.
¿Voy á sociedad? Soy loca.

GARCIA. No escuche usted á la ajena
opinión más de lo justo.
Nunca hará usted cosa buena
si á todos quiere dar gusto.
Y á quien le arme un caramillo
por motivo tan ligero,
refiérale el cuentecillo
de Ginés el molinero.

ELENA. No es fácil, porque lo ignoro.

GARCIA. Me lo refirió mi abuela
y se lo saben de coro
los chiquillos de la escuela.
Iba Ginés al molino
con su nietezuelo Blas,
él montado en un pollino
y á pie el muchacho detrás.
Al llegar á un lugarejo,
les dijo el ama del cura:
»¡Qué comodito va el viejo
á costa de la criatura!»
Ginés iba á abrir el pico,
pero se mordió el mostacho
y se bajó del borrico
é hizo montar al muchacho.
Siguió, encontró dos arrieros
y uno exclamó: »Colás, cata;
los mocosos, caballeros,
y los ancianos, á pata.»
Halló el reparo prudente
Ginés, á lo que discurro,
y empujando á su pariente
montó tras él en el burro.
Pasó reventando un potro
un soldado, y gritó: »¿Hay tal?
¡Dos asnos puestos sobre otro!
¡Qué bestias! ¡Pobre animal!»
Ginés, cortado y confuso,

se fué escurriendo hácia el suelo,
é ir al molino dispuso
á pie con el nietezuelo.
Saludó al jumento el guarda
de unas viñas no distantes
diciendo: »Y ¿llevas la albarda?
¡Dásela á tus ayudantes!»
Llegó al molino Ginés
y no pudo descansar
pensando: »¡Señor! ¿Cuál es
la manera de acertar?»

GUILLERMO. ¡Buen cuento!

ELENA. Y muy oportuno.

MARQUESA. Pero, García, por Dios!
Cuando el burro no es más que uno,
no pueden viajar bien dos.

ELENA. Vaya al salón, que presiento
que ya habrá gente quizás.

GARCIA. ¿El brazo? (Ofreciéndoselo á Elena.)

ELENA. Yo iré al momento.

MARQUESA. (Á Garcia.) (¿Somos seis? Cuatro hay de más.)
(Vánse por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VI

ELENA *y* ANDRÉS

ELENA. ¡Mal genio!

ANDRÉS. ¡Elena!..

ELENA. ¡Gruñón!
¿No se mitiga tu enfado
ni al ver que saben que he dado
en tu obsequio esta reunión?

ANDRÉS. Siento...

ELENA. ¡Eres el personaje
más extraño!..

ANDRÉS. ¡Qué capricho! (Riendo.)

ELENA. Todos menos tú me han dicho
que me sienta bien el traje.

ANDRÉS. Y ¿á qué he de mentir?

ELENA. ¡Cruel!
¡Mal corazón!

ANDRÉS. ¿Por qué quieres

que diga tal, si tú eres
quien le sienta bien á él?

ELENA. ¡Andrés mío!

ANDRÉS. Aun siendo feo...

ELENA. ¡Cuánto hablarte me complace
libre de importunos! Ya hace...
¡un día que no te veo!

ANDRÉS. Hoy no podía faltar
del estudio.

ELENA. Habrás tenido
mil regalos... El mío ha sido
el que más se ha hecho esperar.

ANDRÉS. Y te juro que me pesa...

ELENA. Pues no es la taza de té
solamente. Antes hablé...

ANDRÉS. Es verdad, de una sorpresa.

ELENA. Adivina.

ANDRÉS. Intento en vano...

ELENA. A ayudarte me acomodo.
—¿Qué te agrada en mí más?

ANDRÉS. (Contemplándola amorosamente.) ¡Todo!

ELENA. ¿Te bastará con mi mano? (Presentándosela.)

ANDRÉS. (Tomándola y besándola.)
¡Bien mío!

ELENA. Llámame esposa
cuando quieras.

ANDRÉS. ¡Oh!..

ELENA. Y repara
que tengo tanto de avara,
ó más, que de generosa.

ANDRÉS. ¿No es un sueño?

ELENA. Al que me dió
el amor que tan bien pago,
ningún regalo le hago
ni aun regalándome yo;
pero ya que mi estrechez
te es en esto conocida,
vuélveme el alma y la vida...
y tómalas otra vez!

ANDRÉS. Con el gozo que hoy me das
todas mis zozobras calmas:
¡quisiera tener dos almas
para idolatrarte más!

ELENA. Ya necesito testigos
del júbilo á que me entrego:

por esa razón, congrego
esta noche á mis amigos.
Con toda solemnidad
la nueva comunicada,
volvemos á nuestra amada
y tranquila soledad.

ANDRÉS. Y ¿por qué si así te es
grato...

ELENA. ¡No seas majadero!
Para mí está el mundo entero
reconcentrado en mi Andrés.
¿Te queda que desear
nada á tí donde estoy yo?

ANDRÉS. ¡Cuánto has cambiado!

ELENA. Andrés, nó.
¡Cuánto me has hecho cambiar!
Siempre en el amor se observa
lo que pasa en tí y en mí:
yo mi animación te dí,
tú me diste tu reserva.
Nace en las almas amor
de que no hallándose bien
en nosotros, buscan quien
sepa albergarlas mejor.
Anforas medio vacías,
mezclan y unen sus esencias,
y truecan sus diferencias
en eternas armonías!

ESCENA VII

DICHOS, *la* MARQUESA, ROSARIO, GUILLERMO *y* GARCIA, *que aparecen en la puerta del fondo y bajan al centro del teatro cuando Elena los llama.*

ROSARIO. Sí, aquí siguen, tan serenos,
en dulce conversación.

GARCIA. Elenita, en el salón
se la echa á usted ya de ménos.

GUILLERMO. He anunciado la sorpresa,
y todos...

MARQUESA. Conque, si ir puedes...
un instante... (Con sorna.)

ELENA. Óiganme ustedes,
que ya el silencio me pesa.
Sabido de ustedes es
—no debo hacerme ilusiones—
que mantengo relaciones
hace tiempo con Andrés.
GARCIA. Se empezaba á sospechar...
MARQUESA. Por la villa y córte entera.
ROSARIO. Si ese es el misterio, era
bien fácil de adivinar.
ELENA. Algo hay, además, que debe
saberse también por toda
la villa y córte: la boda
se efectuará muy en breve.
MARQUESA. ¡La boda? (Sorpresa general.)
ROSARIO. ¿Vas á casarte?
GARCÍA. ¿Con Andrés?
GUILLERMO. (¡Bien ha prendido
la mecha!)
ELENA. A nadie he querido,
antes que á ustedes, dar parte
de una determinación
seriamente meditada
y que anhelo ver honrada
con su plena aprobación.
—Sólo estaba en el secreto
Guillermo.
MARQUESA. No es de extrañar.
ROSARIO. Pues no cabe ni soñar
confidente más discreto.
GARCÍA. Sí, si el propósito fué
sorprendernos, no se pudo
lograr mejor.
MARQUESA. Yo aún lo dudo,
por más de que ya lo sé.
ROSARIO. ¡Es claro! Y ¿quién no lo duda?
¿Hablas con formalidad?
¡Tú perder la libertad
de tu estado de viuda!...
ELENA. Me asustaba en otros días
la idea de un nuevo enlace,
pero el cariño deshace
casi todas las teorías.
MARQUESA. Si de ser dichosa tienes
certidumbre...

ELENA. Serlo espero.
ROSARIO. Ya sabes cuánto te quiero.
GARCIA. Doy á usted mil parabienes.
GUILLERMO. ¿Quién lo que yo siento expresa?
ELENA. A nada el hablar conduce.
(Alargándole la mano.)
ANDRÉS. (La noticia les produce (Aparte á García.)
ménos placer que sorpresa.
GUILLERMO. García tiene el defecto
de ser algo indiferente,
y la Marquesa no siente
hácia Elena un gran afecto.
De Rosario, no se diga;
es natural que esté adusta:
¿á qué soltera le gusta
que se le case una amiga?
ANDRÉS. Sin embargo...)
ELENA. (Separándose de la Marquesa, Rosario y García, con quienes ha conversado aparte.)
Ya enterados
los de mayor confianza,
voy á hablar sin más tardanza
con mis otros convidados.
—El brazo. (A Guillermo.)
GUILLERMO. (Bien empezó (Para sí.)
á realizarse mi plan.
Todos estos sembrarán
para que coseche yo.)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* ELENA *y* GUILLERMO

MARQUESA. (¿Quién lo había de decir?)
GARCIA. (¡Andrés la hace su mujer!)
ROSARIO. (Aparte á García.) (Hay que vivir para ver.)
GARCIA. (Para sí.) (Y hay que ver para vivir.)
MARQUESA. (A Andrés.) Reciba usted mi cordial
enhorabuena.
ROSARIO. Y la mía.
GARCÍA. ¡Un abrazo!
MARQUESA. Aunque podría
hallar poco natural

el misterio que han guardado,
hasta el último momento,
acerca de un casamiento
tan seriamente pensado.

ANDRÉS. Si nuestra mútua afición
conocida llegó á ser,
¿á quién puede sorprender
la nueva de nuestra unión?

MARQUESA. Siempre se ha dado lugar
á que álguien llegue á decir
cosas amargas de oir
é incómodas de explicar.

ANDRÉS. ¿Quién de un falso testimonio
libertarse consiguió?

MARQUESA. Pero usted, Andrés... ¿pensó
(Con aparente sencillez.)
siempre en este matrimonio?

ANDRÉS. ¡Señora!...

MARQUESA. A veces, se emprende
con una idea un camino...

ANDRÉS. No merecer imagino
esa duda que me ofende.

MARQUESA. Perdone usted.

ANDRÉS. Hay preguntas
que envuelven insulto grave.

MARQUESA. No he tratado...

GARCIA. (El mozo sabe
mucho más que las dos juntas.)
¡Bah! Si la boda se hubiera
anunciado sin retraso,
se criticaría acaso
de igual ó peor manera.
Contentar al mundo entero
es más grato que sencillo...
y aquí encaja el cuentecillo
de Ginés el molinero.
Usted amó y se hizo amar
de una real moza...—¡Alto, pues,
que ya sabe usted cuál es
la manera de acertar!

MARQUESA. Oh, ¡eso sí! (Ironía.)

ROSARIO. (Idem.) Y ¿qué le incomoda
á quien su afán satisface?

GARCIA. La cuestión es que usted hace (Ingénuamente.)
una magnífica boda!

ANDRÉS. (¿Eh!...)
GARCIA. Que fiel á sus creencias
de artista, logrará eterno
renombre.
ROSARIO. El artista móderno
tiene grandes exigencias.
MARQUESA. Ver siempre en lucha contrista
al génio y sus facultades:
usted hará... realidades
de sus ensueños de artista.
GARCIA. Esta casa podrá ser,
mejor que lo fué hasta ahora,
la morada encantadora
del buen gusto y del placer.
Elenita será el sol
que á todo dé luz y encanto,
y usted, Aranda, entre tanto,
será el Makart español.
ANDRÉS. (Trémulo.) ¿Ustedes... piensan... que Elena...
MARQUESA. ¿Qué hay en ello que le pese
á usted?
ANDRÉS. ¿Es tan rica?...
GARCIA. ¿Y ése
es un motivo de pena?
ANDRÉS. Yo creí que... sin duda alguna...
el espantoso suceso
de la Llana...
ROSARIO. ¡Bah! ¿qué es eso
para su inmensa fortuna?
ANDRÉS. Y que gastos anteriores
disminuyeron...
GARCIA. ¡No tal!
Tan enorme capital
soporta embites mayores.
ANDRÉS. (¿Elena pudo mentir?)
MARQUESA. Usted ha de verlo en breve:
ni á uno ni á otro darles debe
inquietud el porvenir. (Observando el efecto que éstas y las anteriores frases producen en Andrés.)
ROSARIO. Guillermo será el padrino
de la boda, por supuesto.
ANDRÉS. (El me animó á hablar... ¿Qué es esto?
Á explicármelo no atino.)
ROSARIO. (Aparte á García) (La indirecta no le agrada.
GARCIA. Crea usted que nada ignora,

aunque se nos venga ahora
con repulgos de empanada.)

MARQUESA. (El rostro de ese hombre arde (A Rosario.)
en rubor sincero.

ROSARIO. ¿Sí?

MARQUESA. Algo extraño pasa aquí
que aclararemos más tarde.)
—Repito mi enhorabuena.

ROSARIO. Y yo.

GARCIA. Y yo.

ANDRÉS. (¡Ni acierto á hablar!)

MARQUESA. Vamos á participar
del justo placer de Elena. (Vanse por el fon lo, cogidas cada una de un brazo de García.)

ESCENA IX

ANDRÉS; *después,* ELENA.

ANDRÉS. Aquella ruina inminente
fué una invención!...—Todos saben
que es la fortuna de Elena
tan sólida como grande...
¡Todos ménos yo!—¿Qué impulso
movió á Guillermo á engañarme?
Elena estaba de acuerdo
con él... Esto es indudable.
—¿Por qué? ¿Para qué?

ELENA. (Saliendo por la izquierda, segundo término.)
¿Es preciso
que tenga yo que buscarte
esta noche? ¿No deseas
compartir conmigo plácemes
y parabienes?

ANDRÉS. ¿Ya has dicho...
(Reprimiéndose con trabajo.)

ELENA. Sólo falta que señales
la fecha... y únicamente
te pido que no sea tarde.

ANDRÉS. ¿Tienes mucha prisa?

ELENA. ¡Mucha!

ANDRÉS. ¿Recelas que pueda alguien
darme sobre tu riqueza...

ELENA. ¡Qué dices?..

ANDRÉS. Nuevos detalles
que me ayuden á saber
lo que aquí no ignora nadie?

ELENA. ¡Andrés!.. (*Confusa un momento; reponiéndose en seguida y con energía y claridad.*)
—Escúchame.

ANDRÉS. Habla.

ELENA. Guillermo quisó probarte...

ANDRÉS. ¡Probarme!.. Y ¿quién dió derecho
á ese hombre...

ELENA. Su inquebrantable
cariño hácia mí.

ANDRÉS. Imprudente
cariño.—Pero adelante.
Cuando yo te confesé
mi pasión, imaginándote
pobre...

ELENA. Callé temerosa
de que la verdad cambiase
tus pensamientos. ¡Conozco
tan bien tu noble carácter!..

ANDRÉS. Pero después...

ELENA. Pensé hablar
mil veces.

ANDRÉS. ¿Por qué callaste?
¿Para cuándo lo dejabas?

ELENA. Para cuando nuestro enlace
realizado ya, tuvieras,
de buen ó de mal talante,
que sufrirme con mis buenas
y mis malas cualidades:
con el amor que pediste
y el oro que despreciaste.

ANDRÉS. Tarde en verdad iba á ser.

ELENA. ¿No te basta la indudable
seguridad de que yo
conozco todo el alcance
de tu hidalguía?

ANDRÉS. Tú no eres
el mundo que ha de juzgarme.

ELENA. ¿Y fuera mejor que el mundo
noble te considerase,
que serlo, que yo lo sepa
y tu conciencia te alabe?
¿Valen más las apariencias,

Andrés, que las realidades?
¿No hemos de vivir jamás
para nosotros?—¡Eh! Acábese
tu preocupación y sígueme...

ANDRÉS. Quiero, necesito darte
crédito; pero oye, Elena
—Dios querrá que yo trabaje
con suerte dos ó tres años,
lo preciso á que me labre
posición independiente
que aunque del todo no iguale
nuestras fortunas, las haga
no ser tan desemejantes.
Hasta entonces...

ELENA. ¡Hasta entonces!..

ANDRÉS. No es posible que me case. (Con dolor y energía á la vez; advirtiéndose el esfuerzo que le cuesta su determinación.)

ELENA. ¡Andrés!

ANDRÉS. Contra el "qué dirán",
—perdóname—soy cobarde.

ELENA. ¡Eres demente! ¿No soy
digna yo de que me amen
por más que por mí riqueza?
¿En tí imaginar no cabe
más pasión que el interés?
¡Sé un poco más arrogante...
y más justo!.. Algo habrá en mí
que el dinero no realce,
y con oro no se compran
los hombres de tu linaje.
Tu honradez y tu talento
¿á mis bienes no equivalen?
¿No los sobrepujan?—¡Calla!

ANDRÉS. Será inútil cuanto hables.
Estoy resuelto: lo juro
por la gloria de mi padre.

ELENA. ¡Dilatar años la dicha
para que eran los instantes
siglos!—¡Negar ahora á todos
lo que acabo de anunciarles!—
¡Desventurada fortuna!
¡Y habrá mil que no se cansen
de envidiármela!—¡Oh!—Está bien.
Justo es que mi yerro pague.

(Con resolución y dirigiéndose á la segunda puerta de la izquierda.)

ANDRÉS. ¿Dónde vas? (Siguiéndola.)

ELENA. A deshacer
el mal causado.

ANDRÉS. Sí, dales
cualquier excusa; asegúrales
que se trata de un enlace
resuelto, pero de fecha
que aún no puede señalarse.

ELENA. Sí... Descuida... (Desde la puerta, pugnando por separarse de Andrés que la tiene cogida de las manos.)

ANDRÉS. ¿Me perdonas?

ELENA. ¡Nó! (Con cariñoso enfado.)

ANDRÉS. Y... ¿me amas?

ELENA. ¡Como nadie
te amó jamás en el mundo
y como nadie ha de amárte!
(Con mucha expresióny retirándose.)

ESCENA X

ANDRÉS; *en seguida la* MARQUESA *y* ROSARIO, *por la izquierda, primer término.*

ANDRÉS. Disculpable fué el error.
He cumplido mi deber.
¡Ahora, á trabajar y á ser
digno siempre de su amor!
Todo ello es, si bien se mira,
un pasajero trastorno.

MARQUESA. (Saliendo.) Hija, el salón es un horno
donde apenas se respira. (Sentándose en un diván y abanicándose.)
(A Andrés.) ¿Cómo aquí tan solitario?

ROSARIO. La boda ¿es divorcio ya?

ANDRÉS. (Calma.) Usted y su mamá
prestan, amiga Rosario,
facilidad extremada
al logro de mi ventura.
La boda, es cosa segura;
la época, no está fijada.

MARQUESA. ¿Eh?.. (Prestando atención.)
ROSARIO. ¿Qué pasa entre mi tía
y usted?
ANDRÉS. Pues ¿qué ha de pasar?
Que tenemos que esperar
á que su suerte y la mía
guarden mejor proporción,
y vea el más malicioso
que con ella me desposo
y no con su posición. (Muy marcado. Pausa durante la cual la Marquesa y Rosario se miran y sonríen.)
MARQUESA. ¡Ya! (Levantándose y acercándose á ellos.)
ROSARIO. ¡Comprendido!
MARQUESA. ¡Enterada!
ROSARIO. ¡Al cabo pareció el duende!
ANDRÉS. Yo soy el que no comprende
absolutamente nada.
MARQUESA. ¡Singular disculpa es esa!
ANDRÉS. ¿Choca á ustedes que se aplace
la boda que, un rato hace,
les causó tanta sorpresa?
ROSARIO. No mayor que al convidado
que ha acudido á esta *soirée*
al principio á tomar té
y luego á tomar estado.
MARQUESA. Y que ahora da testimonio
de tener ménos horror
á las luchas del amor
que á la paz del matrimonio.
ROSARIO. ¡Si aquí todo ha sido extraño!
MARQUESA. Desde el misterio absoluto
de esa... pasión.
ANDRÉS. (¡He aquí el fruto
que rinde el mejor engaño!)
Sin razón se me condena.
MARQUESA. Nos juzga tontas quizás!
—Usted no pensó jamás
en casarse con Elena. .
ANDRÉS. ¿Insiste usted en que yo
no he pensado...
MARQUESA. Ni un instante.
La halló buena para amante,
pero para esposa nó.
ANDRÉS. ¡Señora!

MARQUESA. Hace usted muy mal.
Yo, por más que á Elena quiero,
libre no la considero
de imperfecciones, no tal.
Sé bien qué ha hecho una porción
de locuras en su vida...
ANDRÉS. (¡Locuras?..)
MARQUESA. Sé lo caída
que está su reputación...
ANDRÉS. Pero...
MARQUESA. Aunque es acción muy bella
que el fuerte al débil escude,
comprendo que un hombre dude
antes de enlazarse á ella...
ANDRÉS. (¿Qué oigo!..)
MARQUESA. No obstante, anunciar
lo que no se ha de cumplir,
es rebajarse y hundir
á quien se intenta amparar.
ANDRÉS. Juro á usted...
MARQUESA. ¡Pobre criatura!
¡Todos proceden lo mismo!
¡Esclavos de su egoismo,
verdugos de tu ventura!
ANDRÉS. ¿Todos?..
MARQUESA. Pero usted descuella
por su crueldad negra y fría,
pues Guillermo al fin se habría
tal vez casado con ella.
ANDRÉS. Guillermo...
MARQUESA. ¡Y quien pudo ver,
desde que vive á su lado,
de qué manera ha logrado
transformar esa mujer
su carácter y su vida,
no sólo la desampara
sino que hasta lé prepara
otra terrible caída!
ANDRÉS. Guillermo...
MARQUESA. Y si yo hablo de esto
es porque no hay quien lo ignore
y porque usted se cerciore
de que de todo me he impuesto.
Lo de decir, dado el curso
que las cosas van tomando:

»Me caso, yo no sé cuándo»,
es un famoso recurso!

ROSARIO. Sí: él no pierde.

ANDRÉS. ¿Tal desdoro
hay en unión semejante?
¿Todos saben que su amante
fué Guillermo, y yo lo ignoro?
¿Y está ya tan extendida
la mala fama de Elena
que nadie la juzga buena
sino para mi querida?

MARQUESA. (Fingiendo sorpresa.)
Pero... ¿era cierta esa unión?

ANDRÉS. Eso se verá después:
ahora lo que importa es
si es cierta esa acusación.

MARQUESA. Culpe usted á su imprudencia,
porque no se ha de negar
que usted ha dado lugar
á esta mala inteligencia.
Por lo demás, ni secundo
infamias, ni las admito,
ni invento nada: repito
lo que sabe todo el mundo.

ANDRÉS. ¡Todo el mundo!

MARQUESA. Y sabe Dios
que el no ignorarlo me apena.

ANDRÉS. (¡Guillermo amante de Elena!
¡Yo juguete de los dos!)

MARQUESA. Si en usted ha hallado un hombre
que sepa amar y olvidar,
¿cómo no he de celebrar
que la ampare con su nombre?

ANDRÉS. (¡Temí que de amar el oro
de Elena se me tildara,
y me acusan en mi cara
de venderle mi decoro!)

ESCENA XI

DICHOS *y* GARCÍA, *por el fondo.*

GARCÍA. Vengo por delegación,

Rosarito.

ROSARIO. ¿Sí?

GARCIA. Hay pendiente
una promesa, y la gente
se impacienta en el salón.

ROSARIO. ¡Ah!... (Recordando.)

GARCÍA. ¿Qué va usted á cantar?

ROSARIO. Lo que usted quiera, García.

GARCIA. Elijo el »Ave María«
de Gounod, para empezar.

ROSARIO. ¿Tendré que pedir merced
para mi pobre garganta?

GARCIA. Usted cuando canta, encanta.

ROSARIO. *¡Très gentil!* (Tomando su brazo.)

MARQUESA. (A Andrés, que sumido en profunda meditación apenas la devuelve el saludo.)
¡Perdone usted!

ESCENA XII

ANDRÉS *queda solo y dice, con las pausas oportunas, los siguientes versos, mientras á los o dos del público llegan los ecos lejanos del »Ave María« de Gounod.*

¡Señor! ¿Estoy frente á frente
de una calumnia insolente
con que procura mi daño
la envidia, ó de un conveniente
aunque acerbo desengaño?
¿Es Elena desleal?
¿Miente quien la acusa? ¿A quién
seguir en discordia tal?
¿A la que yo quiero bien
ó á los que la quieren mal?
Mi amor defenderla ansía
con inquebrantable anhelo,
y habla... y en el alma mía
penetra la duda, fría
como una espada de hielo.
¡Nó! ¿Quién iba á apadrinar
engaño tan alevoso
y tan fácil de probar?
—¡Ay, qué sueño más hermoso

y qué horrible despertar!
En su sociedad novicio,
juzgué travesura el vicio;
sólo para verla bella
tuve ojos... ¡y sólo juicio
para perderlo por ella!
Mi necio y pueril error
claro y patente resalta:
si aún la defiende mi amor
es que me ciega su falta
con su propio resplandor.
En ella la pasión arde
con que el moderno egoísmo
trueca, en insensato alarde,
la hipocresía cobarde
por el grosero cinismo.
El vicio, triunfante, insulta
con su presencia, y se abulta
él mismo hinchándose vano.
Hoy el leproso no oculta
sus llagas: las muestra ufano.
¡Está tan hecha la idea
al vicio, que fructifica
sólo donde se le vea;
y aquel que no lo practica,
por lo ménos, le tutea!—
Pero ¿la he de condenar
sin perfecta convicción?
Yo quisiera congregar
al mundo entero, y pesar
hasta la última opinión!
(Aplausos dentro.)

GARCIA. (Apareciendo en la segunda puerta de la izquierda, de espaldas al público y batiendo suavemente las palmas.)
¡Bravo!

ANDRÉS. Ese hombre...—Tal vez
ahí está la prueba plena.

GARCIA. ¡Cuánto arte! ¡Qué sencillez!

ANDRÉS. Ese es el mundo de Elena:
¡ese debe ser sú juez!

ESCENA XIII

ANDRÉS *y* GARCÍA

GARCIA. ¡Qué muchacha!
ANDRÉS. (Éste es su amigo
y antiguo conocedor
de su vida.)
GARCIA. ¿Ha visto usted
qué preciosísima voz,
qué encantadora manera
de interpretar á Gounod?
ANDRÉS. (¿Cómo hacerle hablar?..)
GARCIA. Parece
que está usted de mal humor...
Cuando debía encontrarse
lleno de satisfacción,
y aun de vanidad!..
ANDRÉS. Usted
¿es mi amigo? (Disimulando y fingiendo á costa de grandes esfuerzos.)
GARCIA. ¡Hombre! ¡por Dios!
¿Quién no es mi amigo en el mundo
y de quién no lo soy yo?
ANDRÉS. Pues hablando... como siempre
debe hablarse entre los dos,
le diré á usted que hoy que toco
la dulce realización
de mi sueño más querido...
GARCIA. ¡Sueño de gloria y de amor!
ANDRÉS. Hay gente de tan aleve
y perversa condición
que se goza en amargar
mi triunfo.
GARCIA. ¿Sí?
ANDRÉS. Sí señor.
Oportunamente, Elena
me hizo entera relación
de su vida, sin callar
detalle ni pormenor.
GARCIA. Esa conducta la honra.
ANDRÉS. Pues... ¿querrá usted creer que hoy,
hoy mismo, aquí, hace un instante

ha tenido álguien valor
de recordarme... su historia
con Guillermo?

GARCIA. ¡Qué intención
más inícua!

ANDRÉS. ¿No es verdad?... (Dominándose.)

GARCIA. ¡Cuando todo eso acabó
hace una porción de tiempo!

ANDRÉS. Usted cree...

GARCIA. Y la mejor
prueba de ello, es que se casa
con usted y con él no.

ANDRÉS. ¡Cierto!

GARCIA. ¡Gracias á que tuvo
Elena la previsión
y la lealtad de ser franca!

ANDRÉS. Sí... —Con terrible rencor,
le han atribuído amantes
que usted... ni sospecha. (Muy marcado.)

GARCIA. ¡Oh!
¿No he de sospechar? Supongo
que habrán hecho á usted mención
de un tenor... de un general...
—No haga usted caso. El tenor
era un necio vanidoso
que hablaba sin ton ni son.
El general se alababa
de triunfos que nadie vió.
—Créame usted: la mitad
de lo que dice la voz
pública es falso.

ANDRÉS. (Abandonándose ya á sus sentimientos.)
¡Con la otra
mitad hay harto baldón
para quien no experimente
codicia de deshonor!

GARCIA. ¡Andrés!..

ANDRÉS. Vivimos en mundo
de indulgencia... tan feroz,
que es preciso averiguar
las verdades á traición.

GARCIA. (Creo que he hecho un disparate.)
Pero...

ANDRÉS. A usted debo el favor
más grande que esperar puedo

un hombre en mi situación.
Todo á mis ojos se muestra
ya tan claro como el sol.
Me escogió á mí por marido
porque, en su circulo, yo
era el solo hombre de bien
que, ignorante de lo que hoy
he descubierto, podía
realizar tal ambición.
De acuerdo con su primer
amante, se presentó
pobre á mis ojos y supo
hacer hablar á mi amor.
Como quien oculta un crímen,
me hizo callar mi pasión.
Cambió hipócrita de vida,
cautelosa me alejó
de todos sus conocidos
para que ningún rumor
llegase hasta mi... Hoy anuncia
por sorpresa nuestra unión
á los suyos; se impacienta
ante el retraso menor...
Y ¡mírela usted... ¡Ahi llega
tranquila, ufana...

GARCIA. (Conteniéndole.) ¡Por Dios!

ANDRÉS. ¡Pensando que aun son iguales
su osadía y mi candor!

ESCENA XIV

DICHOS, ELENA, MARQUESA, ROSARIO
y GUILLERMO, *por el fondo*

MARQUESA. No es propio tal proceder
de estos tiempos infelices.

ROSARIO. Sólo porque tú lo dices
lo acabamos de creer.

ELENA. Pues tan extraña nobleza
existe, y... mirad el hombre
que no me da mano y nombre
hasta igualarme en riqueza. (Señalando á Andrés, que hace visibles esfuerzos para reprimirse.)

ROSARIO. ¡Pocos proceden así!
(Siempre con ironía.)
MARQUESA. ¿Quién vió igual desinterés?
ELENA. ¡Nadie! (Con orgullo.)
ANDRÉS. (Adelantándose hácia Elena y con trabajosa calma.)
Momentos después
de dejarme usted aquí,
me han dado tales informes
del caudal que juzgué exiguo,
entre usted y yo averiguo
diferencias tan enormes,
que, dudoso de poder
salvarlas, llego á pensar
si no es bastante aplazar
y es conveniente romper.
ELENA. ¡Romper?...
MARQUESA. (¡El mozo se explica!)
ELENA. ¿Qué motivo hay para eso?
ANDRÉS. Yo soy... pobre con exceso
y usted demasiado... rica.
ELENA. Pero... ¿romper?...
ANDRÉS. ¡Sí por Dios!
No hay pobre sin arrogancia,
y es mucha ya la distancia
que nos separa á los dos.
ELENA. Ni eso fué nunca verdad,
aunque así usted lo suponga,
ni hay ya nada que se oponga
á nuestra felicidad.
ANDRÉS. (¿Sabe lo que decir quise?
¿Va á justificarse?)
ELENA. Si es
difícil que usted, Andrés,
una fortuna improvise
como la que tengo, yo
puedo ganarle á modesta,
que el hacerse rico, cuesta;
el empobrecerse, nó.
ANDRÉS. ¡Eh?...
MARQUESA. (¿Cómo?...)
ELENA. Donde hay sólo una
salida, la duda acaba:
mi fortuna me sobraba
y he cedido mi fortuna.
MARQUESA. ¡Que has cedido...

GUILLERMO. Yo extendí
la renuncia.
GARCIA. (¿Tú?...) (Con extrañeza.)
ELENA. ¿A qué tánto
asombro?...
MARQUESA. Mas...
ANDRÉS. (¡Cielo santo!
¡Empobrecida por mí!)
MARQUESA. ¡Se ve que te ha entrado fuerte
el amor! (Contrariada.)
ROSARIO. ¡Sí!... (Idem.)
GARCÍA. (Estoy perplejo.)
ANDRÉS. (¡Y ahora dirán que la dejo
porque ha cambiado su suerte!)
ELENA. A otros novios, la pobreza
les retrasa la ventura,
y á mí me la hace insegura
ó imposible mi riqueza.
Hay quien sólo á fuerza de oro
despierta al amor que duerme...
¡Yo tengo que empobrecerme
para comprar al que adoro!
—¡Parece que he hecho algo raro!
¿No hay quien dedica su hacienda,
sin que nadie se sorprenda,
al negocio ménos claro?
Pues mi liberalidad
es avaricia, en rigor:
¿dónde hay negocio mayor
que el de la felicidad?
¿Quién con la riqueza sacia
su anhelo? ¡A fe que es tontuna
que nos sirva la fortuna
para adquirir la desgracia!
Ve el náufrago casi hundida
la nave, y arroja al mar
su tesoro por salvar,
si aún es posible, la vida.
Y esto lo que yo hago es;
¿y quién duda que yo quiero,
no ya más que á mi dinero,
más que á mi vida á mi Andrés?
GARCIA. Razón hay para asombrarse
de todos modos.
ROSARIO. Sí tal.

MARQUESA. Se ve que tiene formal
propósito de casarse! (Muy marcado.)
ANDRÉS. Yo no puedo consentir...
ELENA. Lo hecho, Andrés, nadie lo evita:
mi voluntad está escrita
y se tiene que cumplir.
MARQUESA. (A Rosario.) (¡Es para los de la Llana!
ROSARIO. Claro está.)
MARQUESA. (Á Elena.) Y ¿no te parece
que álguien, que en nada merece
tal postergación, mañana
puede acaso hacer valer
más respetables derechos
que esos nunca satisfechos
mendigos de Santander?
GUILLERMO. (Sacando un pliego del bolsillo y entregándoselo á Elena.)
Con sobrado fundamento
aconsejé á usted prudencia,
y desaprobé en esencia
y forma este documento.
ELENA. ¿Hará usted oposición... (A la Marquesa.)
MARQUESA. ¿Lo encuentras extraordinario?
ANDRÉS. (¡Qué farsa!) No es necesario:
(Arrebatando á Elena el pliego y rompiéndolo.)
ya está rota la cesión.
MARQUESA. y ROSARIO. ¡Ah! (Respirando libremente.)
ANDRÉS. (¡Ya están rotas las redes
en que morir me sentía!)
ELENA. Témplese tanta alegría...
(A la Marquesa y á Rosario.)
porque era á favor de ustedes.
MARQUESA. ¿Era!..
ELENA. Era.—No será vana
su indicación.
MARQUESA. (¿Qué ha hecho este hombre?)
ELENA. Gracias mil veces, en nombre
de los pobres de la Llana.
ANDRÉS. Queda usted en libertad. (A Elena.)
ELENA. A mi impulso seré fiel.
Usted ha roto el papel,
pero no mi voluntad.
MARQUESA. ¿Qué favor se aguardaría
de nosotras?

ANDRÉS. (¡Oh!) ¿Usted quiere,
(Acercándose á ella y hablándola en voz baja que vuelve después á alzar gradualmente.)
Elena, que se exaspere
más mi encono todavía?
ELENA. ¿Con mi conducta provoco
tan adustos sentimientos?
ANDRÉS. ¿No ve usted que por momentos
está volviéndome loco?
ELENA. ¡Pero... Andrés!...
ANDRÉS. La que derrama
así su fortuna entera,
¿por qué no adquiere siquiera
un poco de buena fama?
ELENA. ¿Qué hay en mi existencia, dí,
que merezca tan atroces
palabras? ¿No la conoces
toda, y contada por mí?
ANDRÉS. Sí, parte de la verdad
conozco.
ELENA. ¡Dios es testigo...
ANDRÉS. ¡Has sido falsa conmigo
hasta en tu sinceridad!
Pobre mi amor te juzgó
y ayudaste error tan craso.
ELENA. Y ¿hubieras tú hablado acaso
á no haber callado yo?
ANDRÉS. Mi amor ocultar me hiciste
como una acción vergonzosa.
ELENA. ¡De desmentir temerosa
la pobreza en que creíste!
ANDRÉS. Con aleve hipocresía
tu existencia transformaste.
ELENA. ¡Porque no hubiera contraste
entre la tuya y la mía!
ANDRÉS. Y hoy que en tu reputación
deplorable, el fruto tocas
de tus aventuras locas
y tu despreocupación,
tanto el afán te importuna
de tu respeto perdido,
que por hallar un marido
regalas una fortuna!
(Durante las anteriores frases de Andrés, García hace diferentes veces esfuerzos para contener á Guillermo.)

ELENA. ¡Dios mío!
ANDRÉS. Si esto no implica
otro ardid, como sospecho.
ELENA. ¡Andrés!
ANDRÉS. ¡Está uno tan hecho
á mirarte pobre y rica!
ELENA. ¿Hasta tal extremo llevas
tu injusticia singular?
¡Hasta el afán de enmendar
mis faltas, hasta las pruebas
de puro amor que te dí,
merecen tan duro pago!
¡Dios mío! ¡hasta el bien que hago
se revuelve contra mí!
GUILLERMO. ¡Basta! (Adelantándose.)
ANDRÉS. Sí, que la que exhala
tan lastimosa querella,
tiene amigos... dignos de ella,
y sin salir de esta sala.
ELENA. ¿Eh!...
GUILLERMO. ¿Quiere la frase herir...
ANDRÉS. Al primero que se enoje;
y si es que usted la recoje,
nada tengo que decir.
GUILLERMO. Usted á la infamia ajena
su protección no rehusa.
ELENA. ¿Mas... (Interrogando.)
GUILLERMO. Tiempo há se nos acusa....
ELENA. ¿De qué? (Con altivez.)
GUILLERMO. (Pausa.) Usted perdone, Elena.
No está mi cerebro enfermo
como el de ese desdichado.
ELENA. ¿De qué? ¿De que está cansado
de ser mi amante Guillermo?
¿Calumnia lograr no pude
más nueva y ménos odiosa?
¿Habrá quien crea tal cosa?
ANDRÉS. ¡Lo que no hay es quien lo dude!
ELENA. ¿De pareceres ajenos
depende...
ANDRÉS. Usted dió motivo
á todo: en lo sucesivo,
sea usted hipócrita al ménos!
GUILLERMO. Si las exterioridades
de una amistad inocente,

inspiran á cierta gente
tan inicuas falsedades,
yo haré más que defender
á la que así se condena.

ELENA. ¡Oh gracias, Guillermo! (Con efusión.)

GUILLERMO. Elena,
¿quiere usted ser mi mujer?

TODOS. ¡Su mujer!..

ELENA. (Después de una ligera pausa.)
Tal solución
hiciera la culpa clara,
porque nada se repara
sin pedir reparación.
Si ese apoyo acepto, ¿quién
no lo juzgará oportuno?
Mas si lo rechazo, alguno
me creerá mujer de bien.
—¡Gracias! (Dando la mano á Guillermo.)

GUILLERMO. (Lograré mi anhelo
si ya á agradecer empiezas.)

ANDRÉS. (A Guillermo.) ¿Tánto ama usted las bajezas
que las recoge del suelo?

GUILLERMO. ¡Ah!..

GARCIA. (¡No se ha armado mal cisma!)

GUILLERMO. ¡Nos veremos!

ANDRÉS. ¡Nó que nó!

ELENA. (Apoyándose en un mueble y vencida por su angustia.)
(Todo lo he perdido: ¡yo
me he calumniado á mí misma!)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior. Es de día

ESCENA PRIMERA

MARQUESA *y* GARCÍA. *Ambos aparecen sentados.*

MARQUESA. Hombre, no me diga usted
que es justo ni natural
que la hayan abandonado
á tan triste soledad
sus amigos.
GARCIA. Pero ¿puede
usted, Marquesa, negar
que el escándalo fué horrible,
que la pobre Elena está
desconceptuada á los ojos
de toda la capital?
MARQUESA. Otras con quien es el mundo
benévolo por demás,
reclaman su intermitente
y ciega severidad.
GARCIA. ¿A quién se refiere usted?
MARQUESA. A mil. A Juanita Sanz,
por ejemplo; á la que todos
vemos siempre en sociedad
con su marido y su amante,
habiendo llegado á tal
extremo su *sans façon*
que hay quien empieza á dudar
si el amante es el marido

y éste es un hombre inmoral
que hace la córte á la esposa
que recibió en el altar.
(García se ríe.)
Y á la de Pérez González,
que tiene palco en el Real,
y en Jovellanos, y en Lara,
y hotel, y carruaje, y da
comidas... y es su marido
empleado en Ultramar
con escasísimo sueldo.
Y á Carmencita Durán,
niña *incasable*, que sale
sola y nadie ve jamás
sin el vizconde del Río.
Y á la viuda de Gormáz,
que tiene cincuenta años
y en relaciones está,
desde hace veinte lo ménos,
con el bravo general
Ramírez, y ni se casa
ni se deja de casar...
Y á tantas que á todas horas
andan de acá para allá,
admitidas y buscadas
por la gente más formal
y aun tenidas por personas
de respetabilidad.

GARCÍA. (Esta mujer dice bien...
siempre que hay que decir mal.)
Marquesa, el mundo es severo,
pero su severidad
admite los editores
responsables.—La de Sanz
tiene un amante... Esto es cosa
que no se puede negar...
Pero, al fin... está casada.

MARQUESA. ¡Pues hombre!

GARCÍA. Un marido da
cierta sombra, y si él se aguanta,
¿qué hemos de hacer los demás?
Pérez junta poco sueldo;
pero su hermosa mitad
tiene un tío millonario
y viejo... ¿Quién va á extrañar

que las familias se ayuden?
¿Hay cosa más natural?
Carmencita y el vizconde,
es cierto, han dádo que hablar;
pero el padre es ex-ministro,
y el prestigio paternal
la ampara.

MARQUESA. ¡Vamos!

GARCIA. En cuanto
á la viuda por casar,
es cosa que todo el mundo
sabe y repite que está
casada en secreto...

MARQUESA. ¡Hombre!...

GARCIA. Con el bravo general
Ramírez; pero su otro
marido era militar
también, Madrid es muy caro,
la viudedad es tal cual...
y la pobre no es más que una
casada con viudedad.

MARQUESA. ¿No es más que eso?—¡Usted posée
una lógica especial!
¡Y Elena, que al lado de ellas,
es un ángel de bondad,
no tiene quien la visite
ni se puede presentar
en el mundo sin temor
de que la reciban mal!

GARCÍA. El mundo, aunque es tan benigno
por lo común, suele dar
de cuando en cuando una prueba
de su alta moralidad,
y castiga en una aquello
que ha sufrido á un centenar.
Yo, por mi parte, procedo
con más longanimidad
y trato á todas...—¡Pues si uno
fuese á dejar de tratar
á las gentes por si dicen
ó no...

MARQUESA. ¡Quite usted allá!
¡Se vería uno privado
de la mejor sociedad!—
Mi Rosario, me parece...

GARCIA. Es una niña ejemplar.
MARQUESA. Yo puedo llevar mi frente...
GARCÍA. Muy alta.
MARQUESA. De mí no hay...
GARCIA. Nada que decir: usted
es buena á carta cabal.
MARQUESA. Pues desde el triste suceso
que no consigo olvidar
un instante, aquí vivimos
más que en nuestra casa.
GARCÍA. Ya.
MARQUESA. No dejaremos á Elena
hasta que vuelva á cobrar
la salud ó Dios la llame
á sí, si su voluntad
es esa.
GARCIA. (Y logréis pescarlo
los restos de su caudal.)
Continúa por supuesto...
MARQUESA. Procurando dominar
con su enérgico carácter
su hipocondría mortal;
pero ¡ay! no tengo esperanza:
yo creo que se nos va. (Enjugándose los ojos.)
GARCÍA. (¡Y lloras de gusto!) ¿Sigue
gastando en la Llana...
MARQUESA. ¡Ay!
¡Si quiere hacer nuevo el pueblo!
Le aseguro á usted que el tal
Andresito Aranda...
GARCÍA. Anduvo
muy imprudente, es verdad.
Aquella tremenda escena
que fué imposible ocultar
á nadie...
MARQUESA. Por más que hicimos.
GARCÍA. El duelo que, á poco más,
cuesta la vida á Guillermo,
herido de gravedad,
hundieron del todo á Elena.
El mismo Andrés, que se va
calmando y que hoy me ha hecho una
visita muy matinal,
lo reconoce así.—El otro
no habrá vuelto por acá...

MARQUESA. Yo, en nómbre de Elena, he hecho
que álguien le haga entender cuán
conveniente es que se abstenga
de visitarla y de echar
leña al fuego...—Aquí está Elena,
y... ¡mire usted cómo está!

ESCENA II

DICHOS y ELENA, *que sale por la primera puerta de la derecha, apoyada en el brazo de* ROSARIO

GARCIA. (Mala cara tiene, sí.
MARQUESA. ¡Hoy está atroz!
GARCIA. ¿Quién diría
que ésta es aquélla?)
ELENA. ¡Oh! ¡García!
¡Tánto bueno por aquí?
GARCIA. ¿Cómo estamos?
ELENA. Bien y mal.
Bien, porque aumento no aguarda
mi pena; mal, porque tarda
su término natural.
¿Cuándo vendrá?
ROSARIO. Por favor,
cálmate!
GARCÍA. ¡Elena!
MARQUESA. ¡Hija mía!...
(Rosario y García se saludan.)
ELENA. Yo, al principio, hasta temía
que no matara el dolor.
Ávido de no soltar
su presa triste, dilata
nuestra existencia, ¡ay! y mata,
y no acaba de matar.
GARCIA. ¡Eh! ¡no hable usted de esa suerte!
ELENA. Quien tánto llegó á perder,
¿qué esperanza ha de tener
más hermosa que la muerte?
Aun quien sienta hácia mí horror,
al verme morir de pena,
ya que no me juzgue buena
me juzgará algo mejor;

y Andrés verá—si repara
en mi pérdida el ingrato—
más patente su arrebato
y mi culpa ménos clara.

MARQUESA. ¡Vamos!... (Como procurando tranquilizarla.)

ELENA. La bendita idea
de que él su rigor deplore
y enternecido me llore,
hasta el sepulcro hermosea.
Vivir cual vivo, es sufrir
muerte angustiosa y cruel;
morir llorada por él...
¡eso es volver á vivir!

GARCIA. Calme usted esa vehemencia
que dificulta el olvido...

MARQUESA. Cuando el tiempo haya ejercido
su bienhechora influencia,
lo que hoy te tiene abrumada...

ROSARIO. Huirá como un sueño leve.

ELENA. Y ¿quién á pensar se atreve
que yo quiero olvidar nada?
No combatáis de mi amor
las penas en mi memoria:
¡ya que no me deis mi gloria,
no me quitéis mi dolor!
El mi fe abatida exalta
y me pone bien conmigo,
porque, al cabo, mi castigo
es superior á mi falta.
La conciencia, de otros juez
inexorable, me grita:
»¡Adelante! El mundo quita
la fama, no la honradez.»
Prefiero por la maldad
ajena ser condenada,
á tener fama de honrada
y no serlo en realidad.
Muchas habrá por ahí
que alcancen honra y respeto
del mundo...—Esas, en secreto,
tienen envidia de mí.

MARQUESA. ¿Quién lo duda?

ELENA. Otra querría
infamia y suerte, yo nó:
no me ama Andrés, pero yo

le merezco todavía.
(Da un reloj una campanada.)

MARQUESA. La una y media. Nos precisa dejarte.

GARCIA. Aquí nos quedamos los dos.

MARQUESA. Pues nosotras vamos á San Jerónimo á misa.

GARCIA. Adiós, Rosario.—A los pies de usted, Marquesa.

MARQUESA. (Haciendo una caricia á Elena.) Conténte.

GARCIA. Yo iré á ver salir la gente del templo.

MARQUESA. ¡Ya!

ROSARIO. Hasta después.

ESCENA III

ELENA *y* GARCÍA.

GARCÍA. Yo quiero á usted con valor, ó habré perdido el viaje.

ELENA. ¿Pues?...

GARCIA. Traigo á usted un mensaje de nuestro amigo el pintor.

ELENA. ¡De... Aranda! (Vacilando.)

GARCÍA. ¿Nos faltan ya los ánimos?

ELENA. Nó.

GARCIA. Andrés debe marcharse de España en breve.

ELENA. ¿A Italia?

GARCÍA. A América.

ELENA. ¡Ah!

GARCIA. Busca refugio en la ausencia, y demuestra de ese modo que usted se lo inspira todo ..

ELENA. Sí, ménos indiferencia.— Adelante. (Con amargura.)

GARCIA. Comprendiendo que tanto escándalo, dado por culpa suya, ha causado á usted un daño tremendo,

quiere—y es noble ambición
verla antes de su partida...

ELENA. ¿Verme!

GARCÍA. Darle una cumplida
y franca satisfacción;
entregar personalmente
las cartas que en su poder
conserva...

ELENA. Sí, ¡y recoger
las suyas! Esto es lo urgente.
Esto le mueve á afrontar
—aunque así el dolor le embarga—
entrevista tan amarga
y tan fácil de evitar.
—Usted mismo...

GARCIA. Enhorabuena;
mas ¿quién dice que no viene
en persona porque tiene
afán de ver á su Elena?

ELENA. ¡Ay!

GARCIA. Acaso su pasión
es tan noble y desmedida,
que busca en la despedida
una reconciliación.

ELENA. ¡Oh!..

GARCIA. ¿Quién de los corazones
hay que á los abismos llegue?

ELENA. ¿Por qué hace usted que me entregue
á tan dulces ilusiones?
Déjeme usted como estaba,
á solas con mi tristeza;
que el consuelo sólo empieza
donde la esperanza acaba.
Y usted á quien sorprendía
mi afán de morir, no advierte
que hay algo peor que la muerte,
y que ese algo es la agonía.

GARCIA. ¡Vaya! Sea usted humana,
perdone su insensatez...

ELENA. Y ¿vendrá...

GARCIA. Hoy mismo tal vez,
porque se marcha mañana.

ELENA. (¡Volver á vernos los dos!...)

GARCIA. (Mirando el reloj á hurtadillas.)
(¡Voto va! ¿A que ya no llego?)

—Elena... (Poniéndose de pie y saludando.)

ELENA. Vuelva usted luego.

GARCIA. Haré lo posible. Adiós.

ESCENA IV

ELENA

¿Qué le trae? ¿La conciencia
ó el amor? ¿A qué voz cede?
¡Ay! Cuando viene, es que puede
soportar bien mi presencia.
Yo, sólo al pensarlo, siento
indefinibles congojas
y tiemblo como las hojas
sacudidas por el viento. (Pausa.)
Nó, aún me ama... El mismo rigor
con que me trató aquel día,
demuestra cuánto sentía
la pérdida de mi amor.
¿Por qué la evidencia huyo?
No puede el que da tal paso
vivir sin mi amor... ¿Y acaso
puedo vivir sin el suyo?—
Mas las cartas... Ellas son
lo que aquí le arrastra, ellas...
No quiere dejar ni huellas
de su extinguida pasión.
Me ha olvidado, y nada evita
porque contra todo es fuerte:
el olvido es una muerte
de que no se resucita.
¡Pobres hojas de papel! (Tomando del «secretaire» un cofrecillo del que saca después los objetos que indica el diálogo, y que examina sentada cerca de un velador.)
Aquí están... No me acomodo
á perderlas. Esto es todo,
¡todo lo que tengo de él!
Aquí, al escribir, dejó
aquel corazón ya frío
algún calor... ¡Y esto es mío!..
¡Esto lo he inspirado yo!—

Yo imaginaba que había
más cartas, y nó... no hay más.
¡Si no pasamos quizás
sin vernos un solo día!
¡Si fué tan extraordinaria
nuestra amorosa ternura
que hizo inútil la escritura
y aun el habla innecesaria!
Mientras él no sintió enojos
por mis soñados agravios,
aun sin mover yo los labios
me contestaban sus ojos.—
¡Cuánto amor aquí vertió
su alma noble! ¿Quién creyera
que tánto llorar hiciera
lo que tánto gozo dió?
Pero quiero conservar
alguna... Todas no puedo
dárselas... ¿Con cuál me quedo?
¿A cuál puedo renunciar?
(Examinando sucesivamente diferentes cartas.)
Preciso es que esto concluya.
—Esta es breve... Esta se aparta...
(Poniéndola á un lado y recogiéndola en seguida.)
¡Pero no! ¡si esta es la carta
primera que tuve suya!
Conservarla necesito.—
—Esta no tendrá interés
acaso... ¡Vaya! ¡Esta es
la postrera que me ha escrito!
—Aquí su agradecimiento
hácia mi amor manifiesta...
Esta no la doy... En esta
¡está el pobre tan contento!
—Aquí mis ruegos resiste
enfadado contra mi...
Esta tampoco, que aquí...
¡aquí está el pobre tan triste!—
Una rosa... ¡Pobre flor
sin aroma y sin colores!
¡Tú eres de nuestros amores
el retrato aterrador!
Caja cruel, tú simbolizas
mis glorias y mi amargura.
En tí yace mi ventura.

¡Todo esto son sus cenizas!

ESCENA V

ELENA; *en seguida un* CRIADO *y después* ANDRÉS. *Ambos por la puerta del fondo*

CRIADO. El señor de Aranda.
ELENA. (¿Ya!)
CRIADO. Pide licencia...
ELENA. (¡Tan pronto!)
(Después de guardar apresuradamente en el «secretaire» el cofrecillo de las cartas.)
Que pase.—(¡Es él!... ¡Voy á verle
otra vez, y tiemblo y lloro!)
ANDRÉS. (En la puerta.)
Señora...
ELENA. Andrés... (¡Virgen Santa,
á tu protección me acojo!)
—Entre usted, y tome asiento.
ANDRÉS. Gracias.—(Cuál muestra su rostro
lo que ha padecido!)—Elena...
Ya, por García, supongo
á usted enterada...
ELENA. Sí,
ha estado aquí, hace muy poco,
y ha tenido la bondad
de indicarme los propósitos
de usted.
ANDRÉS. El que todo haya
acabado entre nosotros
no me exime de cumplir
deberes que reconozco.
Herido en mis afecciones
más íntimas, ciego, loco
por el pesar, traté á usted
con dureza que deploro,
y promoviendo en su casa
un escándalo espantoso,
contribuí á que su nombre
se arrastrara por el lodo.
Antes de huir para siempre
del cielo en que abrí los ojos,

sepultura de mis padres,
cuna de mis bienes todos,
entrego á usted los recuerdos
en que ayer miré un tesoro,
y al darle mi despedida
pido perdón... y perdono.
(Entregándole un paquete que Elena deja sobre el velador.)

ELENA. Andrés... sé que usted me deja
para siempre, y es ocioso
cuanto hablemos; sin embargo,
rechazo el perdón que otorgo.
He cometido en vida
imprudencias, pero sólo
imprudencias; y que el mundo
y usted piensen de otro modo
no es razon para que yo
mienta... y mienta en daño propio.
De que ser buena no basta,
tengo el mejor testimonio
en la voz de mi conciencia
y en las acciones del prógimo.
De que aparecer culpable
no es suficiente tampoco,
debiera dudar, no el mundo,
que encuentra su mayor gozo
en el mal ajeno, pero
sí aquel niño cariñoso
que en los dias de su infancia
padeció dolor tan hondo
viendo á su padre acusado
nada ménos que de robo!

ANDRÉS. ¡Elena!... (Conmovido.)

ELENA. ¿No hay mil que ofuscan
con méritos engañosos?
Pues los honrados sin honra
¿por qué han de ser uno solo?
(Pausa.)

ANDRÉS. Elena... ¡si creerte ansío,
y si una prueba hallar logro...

ELENA. Para creer te hacen falta
pruebas de que no dispongo,
y para acusarme ¡impío!
¿basta que sospechen otros?

ANDRÉS. Yo no admito por verdad

cuanto te achacan... Conozco
que hay que dar alguna parte
á la imprudencia y al odio.
Pruébame que entre Guillermo
y tú no hubo nada, y pronto
estoy á abrirte mis brazos
y á ofrecerme por tu esposo.

ELENA. Andrés, el mundo, en los dias
cuya cadena hemos roto,
pensando que eras mi amante
dudó que fueses mi novio.
Tú sabes hasta qué punto
respetaste mi decoro...
Pues si es para el mundo igual
lo cierto y lo falso, ¿cómo
das tú crédito en un caso
al que se equivoca en otro?

ANDRÉS. Guillermo...

ELENA. Guillermo fué
un amigo cariñoso
é imprudente, y desde aquella
espantosa noche, ignoro
hasta si vive.

ANDRÉS. ¿No ha vuelto...

ELENA. ¿Aquí? ¡Jamás!

ANDRÉS. (Ese tono...
Esa indignación...)

ELENA. ¡Andrés!
¡Abre á la verdad los ojos!
¡Repara la más horrible
injusticia!

ANDRÉS. (Nó, no logro
romper la duda en que vivo
ni hallar la fe que ambiciono.)

ESCENA VI

DICHOS *y el* CRIADO, *en la puerta del fondo.*

CRIADO. ¿Señora?

ELENA. ¿Qué hay? (Con impaciencia.)

CRIADO. El señor
de Salinas.

ANDRÉS. ¡Ah!

ELENA. ¿Qué escucho!
ANDRÉS. ¡No ha tardado el mentís mucho!
ELENA. ¡Que pase!
ANDRÉS. ¡Nó, por favor!
Deje usted que yo de aquí
me marche sin verle!
(El criado se retira á alguna distancia á una seña de Elena.)
ELENA. ¡En nombre
de Dios!...
ANDRÉS. ¡Que no pueda ese hombre
volver á reirse de mí!
ELENA. ¿Piensas...
ANDRÉS. ¡Y sentí sonrojos
de pensar lo que á ver llego!
¡Si el amor no fuera ciego,
se arrancaría los ojos!
ELENA. Él á ambos explicará
su visita inesperada.
ANDRÉS. Ya no quiero saber nada,
ni nada hay que saber ya.
Ya la acusación desnuda
de pruebas, es prueba plena.
ELENA. Andrés... ¡no dudes de Elena!
ANDRÉS. ¡Dudar! ¡Qué hermosa es la duda!
¿Niegas lo que miro y toco?
¿Así tu razón se abisma?
ELENA. ¡Yo te amo más que á mí misma!
ANDRÉS. ¡Puede ser más y ser poco!
ELENA. ¡Oye á Guillermo, cruel!...
ANDRÉS. Debiera hacerlo... y oir
más infamias... y salir
y ahogaros á tí y á él!
ELENA. Hazlo así!
ANDRÉS. Juzgas tan necia
la indignación que me inflama?
¡Eso se hace cuando se ama
y no cuando se desprecia!
¡Todo acabó entre los dos!
ELENA. ¡Por la memoria bendita
de tu madre!
ANDRÉS. ¡Aparta!... ¡Quita!
ELENA. ¡Andrés!...
ANDRÉS. ¡Para siempre adiós!
(Yéndose por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VII

ELENA *y en seguida el* CRIADO, *que se acerca nuevamente á la puerta del fondo.*

ELENA. (Saliendo detrás de Andrés y volviendo á aparecer en el quicio de la puerta, donde se apoya, falta de aliento.)
¡Andrés! ¡Andrés! ¡Ay!
CRIADO. Señora,
¿qué digo al señor que espera?
ELENA. ¡Que... (Conteniéndose.)
—Que pase cuando quiera.
—Si Andrés y él se hallan ahora
en la calle, otra cuestión
puede surgir de improviso.

ESCENA VIII

ELENA *y* GUILLERMO

GUILLERMO. (En la puerta del fondo.)
¿Usted me da su permiso?
ELENA. (Este hombre es mi perdición.)
Adelante. (Séria, pero reportándose.)
GUILLERMO. Mil perdones
si mi visita molesta
á usted: sé bien que es opuesta
á sus mismas instrucciones;
pero en el caso presente
se habla mejor que se escribe,
y usted, Elena, no vive
por completo independiente.
ELENA. La alusión...
GUILLERMO. No está embozada.
ELENA. No descubrirla me pesa.
GUILLERMO. Se afirma que la Marquesa
la tiene á usted secuestrada.
ELENA. No tanto: usted es testigo...
GUILLERMO. (Sentándose á una indicación de Elena.)
No está demás que un momento

escuche usted el acento
cariñoso del amigo.
Usted, por una porción
de causas, no se da entera
cuenta de su verdadera
y terrible situación.

ELENA. Conozco la intensidad
del mal.—Sé que estoy perdida
ante cierta corrompida
y severa sociedad,
que una víctima ejecuta
con pompa de tarde en tarde
por no ser ménos cobarde
que hipócrita y disoluta.

GUILLERMO. Pues logra en usted su objeto
por haberla sorprendido
sin padre, hermano ó marido
que la impusiera respeto.

ELENA. Acaso.

GUILLERMO. Quien debió ser
de usted amparo y defensa,
de España ausentarse piensa
para nunca más volver.
—Al ménos así se dice.

ELENA. Es verdad.

GUILLERMO. Entonces debo
y puedo hablar yo. Renuevo
la oferta que otra vez hice.—
Conocí á usted cuando era
de hijas modelo; después
la estimé aun más del marqués
angelical compañera;
viuda y libre, un cariñoso
admirador tuvo en mí...
Usted vive mal así:
yo mi brindo à ser su esposo.

ELENA. De nuevo, y sin desdeñar
la honra de ser su mujer,
me limito á agradecer
lo que no puedo aceptar.
Ese es de los sacrificios
á que prudente se opone
quien pagar no se propone
con daños los beneficios.
Si amor las almas no exalta,

el matrimonio es cadena
insoportable.

GUILLERMO. Es que... Elena,
á mí el amor no me falta.

ELENA. ¿Eh?...

GUILLERMO. Si en mi pecho encerrado
vivió mudo y escondido,
no piense usted que ha crecido
ménos de lo que ha callado.
Nadie tuvo á usted amor
primero que yo.

ELENA. (¡Qué llego
á escuchar!)

GUILLERMO. Respeto ciego
á mi anciano protector;
miedo de que al interés
vendido se me creyera;
esperanza de que fuera
usted feliz con Andrés,
amordazaron mi ardiente
cariño. Si paso á paso
he seguido á usted, si acaso
la perjudiqué imprudente,
que recuerde usted ansío
que quise el mal remediar
y que me ha obligado á hablar
el bien de usted y no el mio.

ELENA. Esta es la primera vez
que usted me habla...

GUILLERMO. El cielo sabe...

ELENA. Fuera en mí delito grave
contestarle con doblez.
Nadie en sus afectos manda.
Sólo amo y amaré á un hombre:
¿cómo aceptar de otro el nombre
si dí el corazón á Aranda?

GUILLERMO. ¡Oh! Es que Aranda...

ELENA. Harto lo sé:
para siempre le he perdido.

GUILLERMO. Que para el mundo hemos sido
usted y yo...

ELENA. Bien, ¿y qué?

GUILLERMO. Que sólo uniéndose á mí...

ELENA. Sin tal bajeza en los dos,
soy honrada para Dios,

para usted y para mí.
¿Quién al loco desatino
de ser yo de usted me obliga?
¡Qué! ¿Porque el mundo lo diga,
he de seguir yo un camino?
Pues si doy razón completa
con mis hechos á su error,
desde vil calumniador
lo elevaré hasta profeta;
y podrá el más miserable
pensar con razón sobrada
que la que fué calumniada
descendió hasta incalumniable!
—Basta ya. (Levantándose.)

GUILLERMO. Sí, basta ya. (Idem.)

ELENA. (¡Este es mi mejor amigo!...)

GUILLERMO. Lo que hoy hace usted conmigo,
mañana lo sentirá.

ELENA. No cambiaré de actitud.

GUILLERMO. Aunque pudiera quejarme...

ELENA. ¿A que va usted á acusarme
de falta de gratitud?

GUILLERMO. No incurriré en tal audacia.

ELENA. A usted soy, sin duda alguna,
deudora de mi fortuna...

GUILLERMO. No he dicho... (Interrumpiéndola.)

ELENA. Y de mi desgracia.
Aquélla, ya descubrí
medio de irla abandonando;
pero la otra ¿cómo y cuándo
podré alejarla de mí?
Usted de mi vida ahora
me ha dado la triste clave:
soy honrada; usted lo sabe
y el mundo entero lo ignora.
—¡Triste amor!

GUILLERMO. Tan triste es,
que deploro todavía
que usted no quiera ser mía...
y no pueda ser de Andrés.
(Con intención, saludando respetuosamente y retirándose por el fondo.)

ESCENA IX

ELENA

¡Oh!... ¡Andrés, á haberte escuchado,
me tendría que estimar
al ménos!—Yo, en su lugar,
también me hubiera marchado,
obedeciendo al poder
del rencor; mas los señuelos
del amor y de los celos
me hubieran hecho volver,
y rendida á la emoción,
de llanto la faz cubierta,
estaría en esa puerta
dudando alcanzar perdón.

ESCENA X

ELENA y ANDRÉS, *que aparece en la segunda puerta de la derecha.*

ANDRÉS. ¡Elena!... (Trémulo y anhelante.)
ELENA. ¿No desvaría
mi mente?
ANDRÉS. No lo merezco;
mas mira cuánto padezco
y apiádate, esposa mía!
ELENA. ¿Tu esposa? Tú todavía
no sabes cuánto es mi amor.
—¡Jamás!
ANDRÉS. ¿Qué funesto error
te ciega, infeliz criatura?
ELENA. No quiero... ¡ni mi ventura,
comprada con tu rubor!
ANDRÉS. ¿Rubor? Tu inocencia es clara.
ELENA. Sólo para tí.
ANDRÉS. ¡Peor fuera
que todo el mundo creyera
en ella, y yo lo dudara!
ELENA. En mi situación repara.

—Guillermo mi nombre hundió.

ANDRÉS. Y mi ceguedad le abrió
otro abismo aún más profundo.

ELENA. Andrés, y ¿qué dirá el mundo?

ANDRÉS. Elena, y ¿qué diré yo?—
Ayer me causaba afan
merecer su aplauso: hoy sé
que al lado del *qué diré*
palidece el *qué dirán.*

ELENA. Piensa en que te amargarán
la vida.

ANDRÉS. Resuelto estoy.—
A cumplir mi deber voy.
¿Qué logro con que engañado
el mundo me llame honrado
si yo sé que no lo soy?
Se huye del mundo enemigo,
pero no se huye de sí:
venga el mundo contra mí
mientras yo cuente conmigo.
La conciencia es un testigo
para quien no hay acomodos.

ELENA. Te insultarán de mil modos.

ANDRÉS. Mis hechos me aplaudirán.

ELENA. Todos de tí se reirán.

ANDRÉS. ¡Y yo me reiré de todos!

ELENA. Por tí comencé á aprenderlo
y harto lo he visto después:
no basta ser bueno: es
necesario parecerlo.

ANDRÉS. Si no te basta con serlo,
con parecerlo ¿qué harás?
Ayer, de mi honra detrás,
hollé insensato la ajena...
—Parecerlo es poco, Elena:
¡yo quiero serlo además!

ELENA. La intención...

ANDRÉS. ¡Error grosero
sólo en bajezas fecundo!

ELENA. Es lo último para el mundo.

ANDRÉS. ¡Para Dios es lo primero!

ELENA. César repudió altanero
á su esposa.

ANDRÉS. No hizo bien;
pero en fin, presente ten

que César era pagano
y yo, Elena, soy cristiano
y caballero también.
La verdad siempre es verdad
aunque se combata y niegue;
y la mentira, aunque llegue
á adquirir autoridad,
lo es, pese á la falsedad
de su postizo arrebol.
A ambas del tiempo el crisol
muestra sin falsos arreos.
—¡Qué! ¿No hay Dios porque haya ateos?
Porque haya ciegos, ¿no hay sol?

ELENA. ¡Andrés!

ANDRÉS. Harto castigada
has sido por tu imprudencia,
y no ha de ser la inocencia
al crimen equiparada.
Te amé al juzgarte culpada
víctima de inicuo amaño:
¿no he de amarte hoy que mi engaño
y tus perfecciones toco?

ELENA. Dímelo más poco á poco...
¡Tánto placer me hace daño!

ANDRÉS. Cedes al fin...

ELENA. Me someto
á la ley de tu hidalguía;
pero acata tú la mía:
casémonos en secreto.
Así alcanzar me prometo
lo que anhelamos los dos:
ir de la ventura en pos
por llana y oscura senda,
sin que á tí el mundo te ofenda
y sin que yo ofenda á Dios.

ANDRÉS. ¡Calla! Una débil mujer
¿ha de ganarme á valiente
en tal lucha? ¡Alza la frente,
noble y desdichado sér!
Con orgullo te he de ver
prendida á mi brazo... ¡así!
(Uniendo la acción á la palabra)
mostrando el bien que escogí
á la sociedad entera...
y ¡ay del que sueñe siquiera

con no respetarme en tí!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS: *la* MARQUESA, ROSARIO *y* GARCÍA *por el fondo.*

GARCIA. Señores!...
ELENA. Venid!
MARQUESA. / ROSARIO. ¡Andrés!
GARCIA. ¿Qué dice nuestro viajero?
ANDRÉS. Que va á casarse primero...
y á no marcharse después.
ROSARIO. ¿A casarse!..
MARQUESA. ¿Es cierto, Elena?
GARCIA. (¡Lo pescó al fin!)
ELENA. ¡Soy dichosa!
ANDRÉS. Desisto de hallar esposa
más amada ni más buena.
ELENA. ¡Calla!
ANDRÉS. ¿Cuál hay que reuna
encantos más seductores?
Otras parecen mejores:
mejor que ésta, no hay ninguna.
Ninguna, porque ésta...
ELENA. ¡Andrés!..
ANDRÉS. Es buena, Marquesa amiga,
no porque nadie lo diga
sino porque ella lo es.
Una costosa lección
me ha hecho ver con claridad
que no es la severidad
patente de perfección.
Mil séres pasan por buenos
echándolas de Catones,
y sus solas perfecciones
son los delitos ajenos;
y alguno es menospreciado
porque á fingir no se aviene...
¡La moneda falsa, tiene
siempre el cuño bien marcado!
(Á Garcia.)

Ya no turba mi reposo
el mundo.

MARQUESA. ¡Cambio admirable!

ANDRÉS. Dejó de ser respetable:
dejé de ser respetuoso.
De su influencia al abrigo,
sé que de él, por lo ordinario,
ni se debe ser contrario
ni se puede ser amigo.
Y en paz dichosa me encuentro
con mi conciencia severa,
que el mundo habla desde fuera...
¡la otra habla desde dentro!

MARQUESA. (Paciencia el cielo me preste.)
(Violentándose y dando un beso á Elena.)
Hija... Dios te haga dichosa...
(¡Ay!..) (Como quien ha realizado un gran esfuerzo.)

ROSARIO. (Á García.) (¿Ha visto usted qué cosa
más rara?)

GARCIA. (Para sí.) (¡Qué mundo este!)

ELENA. (Á un lado de la escena con Andrés. Los otros personajes forman un grupo algo apartado.)
Ya murmuran de los dos.

ANDRÉS. Valor y desdén profundo.
Sobre los juicios del mundo
están los juicios de Dios.

ELENA. ¡No el deber, amor da ser
á tu virtud sobrehumana!

ANDRÉS. ¡Dichoso el amor que allana
el camino del deber!

FIN DE LA COMEDIA.

El autor de *La mujer de César* incurriría en censurable ingratitud al no declarar aquí que una gran parte del éxito obtenido por su obra se debe al talento, al esmero y al cariño con que la han representado los excelentes artistas del teatro de la Comedia.

Elisa Mendoza Tenorio ha sido *Elena* tal como el poeta hubiera querido saber soñarla—que á veces hay realidades en el mundo que sobrepujan á los mismos sueños; Pepa Guerra y Julia Martínez han hecho en la presente ocasión verdadero derroche de naturalidad y gracia; Mario ha dado á *García* toda la importancia que tiene el primero y necesita el segundo; Mata ha puesto de relieve que no hay papeles malos para los actores buenos, y Sánchez de León ha conquistado frecuentes aplausos en la difícil parte que le estaba encomendada.

Reciban todos este público testimonio de mi reconocimiento, reconocimiento extensivo á la Srta. D.ª María Guerrero, que ha cantado el «Ave María» de Gounod á más distancia de la que seguramente deseaban los oídos y los ojos de los espectadores.

C. C.



